

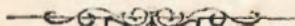
# MEMORIAS

DE

# LORD COCHRANE

CONDE DE DUNDONALD

GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DEL BAÑO,  
DE LA IMPERIAL BRASILEÑA DEL CRUCERO Y DE LA REAL DE SAN SALVADOR  
DE GRECIA; ALMIRANTE DE LA ESCUADRA ROJA,  
CONTRAALMIRANTE DE LA GRAN BRETAÑA, ETC., ETC.



SE VENDE EN LIMA  
EN LA IMPRENTA DE JOSÉ MASIAS

—  
1863

# MEMORIAS

DE

# LORD COCHRANE

---

## CAPÍTULO PRIMERO

Se me propone tomar el mando de la marina chilena. — Llegada á Valparaíso. — Primera expedición al Perú. — Ataque contra los buques españoles en el Callao. — Partida para Huacho. — Presa de convoyes españoles cargados de dinero. — Toma de Payta. — Regreso á Valparaíso para reorganizar la escuadra. — Ofrezco ceder en pro de la República mi premio de presa. — Rehúsanse este ofrecimiento por el Supremo Director. — Felicitaciones públicas.

En el año de 1817, don José Alvarez, agente acreditado del gobierno de Chile (que no estaba reconocido aun por las potencias europeas), me propuso tomase el encargo de organizar en aquel país una fuerza naval, capaz de hacer frente á la de los Españoles, quienes, á pesar de los felices resultados que los

Chilenos habian obtenido en tierra firme, eran aun señores de las aguas del Pacífico.

Hallándome, en ese entónces, destituido de mi empleo, por haberseme expulsado injustamente del servicio naval británico, á causa de las maquinaciones del poderoso partido político, que yo habia combatido, y viendo los grandes esfuerzos que Chile hacia para crearse una marina, á cuyo objeto se habia principiado á construir en los astilleros de Lóndres un vapor de guerra, no trepidé en aceptar la propuesta del señor Alvarez, obligándome á cuidar de la construccion y equipo del expresado vapor y á conducirlo á Valparaíso tan pronto como estuviese concluido.

Miéntas tanto, Alvarez recibió órdenes de su gobierno, para que, si yo habia aceptado las propuestas, me hiciese ver que no habia tiempo que perder, que partiese, pues la situacion de Chile era crítica, á causa de estar los Españoles amenazando á Valparaíso y en posesion del litoral desde Concepcion hasta Chiloe, puntos en donde organizaban las hordas salvajes de los Indios para llevar la guerra de exterminio á las provincias que acababan de emanciparse. — A la vez, se habian recibido partes fidedignos, en que se manifestaba, que la corte de Madrid hacia grandes esfuerzos para mandar recobrar sus posesiones perdidas, reforzando su escuadra del Pacífico y contra la cual los buques chilenos no estaban en condicion de luchar, por

el mal estado en que se encontraban. — Por esta causa, Alvarez me rogó no esperar la conclusion del vapor y aprovechase la salida del navío mercante *Rosa*, que partia para Chile. — Teniendo conocimiento que todo el Perú se encontraba en poder de los Españoles como asimismo Valdivia, el puerto mas fortificado en la parte Sur de Chile, y juzgando que seria bien difícil desalojarlos, si les llegaban los refuerzos con anticipacion, me embarqué sin demora, acompañado de mi esposa y nuestros dos hijos, y el 28 de noviembre de 1818 salté en tierra en Valparaíso.

La recepcion que se nos hizo por parte de las autoridades y del público fué entusiasta, viniendo desde Santiago el Supremo Director general O'Higgins á darnos la bienvenida. Este excelente varon era hijo de un caballero irlandes, de categoría en el servicio de la España, siendo que habia desempeñado el importante cargo de virey en el Perú. — El hijo, á pesar de los antecedentes del padre, habia abrazado la causa de los independientes, distinguiéndose tanto en una derrota que causó á los Españoles cuando era segundo en el ejército, que en recompensa de ese servicio, la gratitud nacional le elevó al supremo directorio.

Nuestra llegada fué celebrada en Valparaíso con diversidad de fiestas, las cuales fueron repetidas en la capital, adonde procuró llevarnos el Supremo Director

y por cuya razon tuve que recordar á S. E. , que nuestra mision era batirnos ántes que divertirnos. Sin embargò, la recepcion que se nos hizo nos dió una idea tan elevada de la hospitalidad chilena que, angustiado como me habia visto por la infame persecucion que me arrancara de la marina británica, tomé la resolucion de adoptar á Chile por mi patria futura. — Esta decision no fué mas que un comprobante del proverbio que dice : « El hombre propone y Dios dispone. »

La escuadra chilena acababa de regresar de un feliz curso, habiendo su jefe, el intrépido almirante Blanco Encalada, capturado una magnífica fragata española de 50 cañones, la *Maria-Isabel*, surta en la bahía de Talcahuano.

La escuadra se componia de esta fragata, que se la llamó la *O'Higgins*, en honor del Supremo Director; del *San Martin*, de 56 cañones, antiguamente el *Cumberland*, buque de Indias, comprado para el servicio; del *Lautaro*, de 44 cañones, barco tambien indiano y comprado para el objeto; del *Galvarino*, de 18 cañones, que poco ántes habia sido la corbeta de guerra inglesa *Hecat*; del *Chacabuco*, de 20 cañones y del *Araucano*, de 16. — Esta fuerza, aunque imperfecta en su organizacion y equipo, hacia honor á la energia de un pueblo recientemente emancipado.

A poco de haber llegado se expidió por el supremo gobierno un decreto, en virtud del cual se me con-

feria el título de vicealmirante de Chile, almirante y comandante de las fuerzas navales de la República.

— El almirante Blanco me cedió, con generosidad patriótica, su puesto, aun cuando la heroica acción que acabada de ejecutar le diese derecho para conservarlo; siendo además tan franco, que en persona anunció á las tripulaciones de los buques el cambio que se habia efectuado.

Los capitanes de la escuadra miraron mi llegada con grande emulacion, tanto mas, quanto que habia llevado conmigo de Inglaterra oficiales en quienes podia descansar mi confianza. — Aconteció con especialidad, que dos de esos capitanes, Guise y Spry, habian llegado tambien recientemente de Inglaterra conduciendo el *Hecat*, que habian comprado á la marina británica por via de especulacion. No habiendo querido comprarlo el gobierno de Buenos Ayres, lo trajeron á Chile, y el gobierno lo compró, incorporándoles en el servicio de su marina. — Estos oficiales, en union de un Norte-Americano, el capitan Worcester, prepararon una cabala, que tenia por objeto establecer la division en el mando entre el almirante Blanco y yo, ó, como ellos decian : « Dos jefes de escuadra y no Cochrane. » — Viendo ellos que Blanco no se prestaba á tal intriga, persuadieron á uno ó dos de los ministros, cuya suspicacia no era difícil despertar, de que era peligroso y en descrédito de un go-

bierno republicano, el permitir que un noble y extranjero mandara la marina, y aun lo era mas el consentirle conservase su título. El plan era poner á la cabeza del mando al almirante Blanco y hacer que yo sirviese de su segundo. Por medio de esta combinacion, y como Blanco no estaba acostumbrado á mandar marineros ingleses, los autores de este proyecto creian que así podrian predominar á sus anchas. — El almirante Blanco, con todo, insistió por cambiar nuestros puestos, ofreciéndose á servir como segundo, á cuyo arreglo asentí gustoso.

No merecia la pena de enumerar esta insignificante disputa, sino fuera por los resultados posteriores á que dió lugar, como por aprovechar de la ocasion de conferir un testimonio lisonjero al desinteresado patriotismo del almirante Blanco, quien es hoy dia uno de los mas ilustres hombres que adornan á la República que contribuyó á establecer con servicios eminentes.

El 22 de diciembre se enarboló mi bandera á bordo de la *O'Higgins*, empleando en seguida la mayor actividad en aprestar la escuadra para salir á la mar. — Deseoso de evitar demoras, me hice á la vela el 16 de enero con solo los cuatro siguientes buques : — La *O'Higgins*, el *San Martin*, el *Lautaro* y el *Chacabuco*, dejando al almirante Blanco para que me siguiese con el *Galvarino*, el *Araucano* y el *Puyredon*.

Al salir estalló un motin á bordo del *Chacabuco*, por lo que fué preciso entrar á Coquimbo, en donde, despues de desembarcar á los cabecillas de la sedicion y haberles formado causa, se les castigó.

Al hacer rumbo á lo largo de la costa, se nos informó que el *Antonio* se hallaba á punto de salir del Callao para Cádiz, llevando una considerable suma de dinero. — Por esto, esperando interceptarlo, estuvimos corseando hasta el 21 de febrero, á una distancia suficiente para no ser vistos desde el puerto. — Mas, como no apareciese este, se hicieron los preparativos para llevar á cabo el plan que me habia propuesto, de atacar los buques españoles surtos en el Callao, aprovechando el carnaval, porque era presumible que entónces habria ménos vigilancia, á consecuencia de los regocijos de esos dias. De antemano nos habíamos informado, que la fuerza que habia en el puerto se componia de las fragatas *Esmeralda* y *Venganza*, una corbeta, tres bergantines de guerra, una goleta, veinte y ocho lanchas cañoneras y seis buques mercantes armados con artillería de grueso calibre, y que todos estos buques se encontraban juntos y amarrados al pié de las baterías en donde habia 350 cañones montados, segun constaba de un documento oficial que especificaba el armamento de ellas.

Hacer un ataque directo con la pequeña fuerza que teníamos, parecia un plan que no debia ni ensayarse;

sin embargo, me resolví á apoderarme de las fragatas durante el carnaval que concluía el día 23.

Sabia que en el Callao se esperaban de un día á otro dos buques de guerra Norte-Americanos, y aprovechando de esta eventualidad, determiné entrasen la *O'Higgins* y el *Lautaro* con pabellon Norte-Americano, dejando al *San Martin* oculto tras la isla de San Lorenzo. — Si la estratagema del pabellon salia bien, procuraba fingir el enviar un bote á tierra con despachos y al propio tiempo arrojarme de sorpresa sobre las fragatas y cortarlas.

Desgraciadamente se levantó una de esas densas nieblas, tan frecuentes en las costas del Perú, que hizo separarse al *Lautaro* y no volverse á incorporar á la almiranta hasta cuatro dias despues, cuando el carnaval habia pasado, haciendo ineficaz el plan concebido.

La niebla, que bajo el clima del Perú persevera por mucho tiempo, duró hasta el 29. Durante este intervalo, se dejó oír un vivo cañoneo, y creyendo que uno de los buques se estaba batiendo con el enemigo, me mantuve con el mio en la bahía; los otros, creyendo lo mismo, se dirigieron tambien hácia el lugar de donde venia el estampido del cañon; por esta circunstancia, al disiparse la niebla por un instante, nos descubrimos mutuamente y á la vez una vela extraña que se hallaba cerca de nosotros. — Hecha ésta presa por la almiranta, resultó ser una lancha cañonera española tripulada por

un teniente y veinte hombres, quienes, al caer en nuestro poder nos dijeron que aquel fuego habia sido salva en honor del virey, que habia ido esa mañana á pasar revista de las baterías y embarcaciones y que en ese momento se encontraba á bordo del bergantin de guerra *Pezuela*, al cual habíamos visto hacer fuerza de vela con direccion á las baterías.

Habiendo vuelto la niebla, se me ocurrió la posibilidad de hacer un ataque directo, el cual si no salia bien del todo, á lo ménos daria á los Españoles una idea tal de lo muy resueltas que eran nuestras intenciones, que les haria mirar con respeto la escuadra chilena y les induciria, tal vez, á no enviar sus buques en proteccion de su comercio; en cuyo caso, un bloqueo nos ahorraria la necesidad de diseminar nuestras fuerzas pequeñas, para irles en persecucion, suponiendo, que se resolviesen á salir á la mar. — En efecto, continuando bajo el disfraz de la bandera Norte-Americana, la *O'Higgins* y el *Lautaro* se dirigieron hácia las baterías y por poco no encallaron á causa de la niebla. — El virey que habia, sin duda, presenciado la captura de la cañonera, estaba preparado para recibirnos con la guarnicion sobre las armas y las tripulaciones en sus cuadras. — A pesar de la notable desigualdad, me decidí á atacar, puesto que el retirarnos sin disparar un tiro produciria en el ánimo de los Españoles un resultado contrario del que me

proponia; sabia por la experiencia que poseia en asuntos de guerra, de que el efecto moral, aunque sea el resultado de un cierto grado de temeridad, no deja á veces de suplir la falta de una fuerza superior.

Como el viento empezase á calmar, no me aventuré á hacer que la almiranta y el *Lautaro* se atracasen al costado de las fragatas españolas, tal cual lo habia pensado en un principio, sino que me amarré con cordera sobre nuestros cables por el traves de las embarcaciones, las cuales formaban una media luna de dos líneas, estando la última fila dispuesta de manera que cubriese los intersticios de los buques de la fila de enfrente. — Sobrevino una calma muerta y durante dos horas estuvimos expuestos á un fuego terrible de las baterías y del que nos hacian las fragatas, los bergantines *Pezuela* y *Maypu* y siete ú ocho lanchas cañoneras, consiguiendo, sin embargo, apagar con nuestro fuego el del ángulo norte de uno de los principales fuertes.

De súbito se levantó una brisa y levando el ancla, estuvimos yendo y viniendo al frente de las baterías y respondiendo á sus fuegos. — En estas circunstancias cayó gravemente herido el capitán Guise, que mandaba el *Lautaro* y su buque se largó no volviendo á entrar en línea. — El *San Martín* y el *Chacabuco*, sea por falta de viento ó por otras causas, no llegaron á ponerse á tiro de bala, quedando la almiranta sola para

continuar la accion; por lo que, faltando la cooperacion de los otros buques, me vi obligado de mala gana á abandonar el ataque, retirándome á la isla de San Lorenzo, distante de los fuertes cosa de cuatro á cinco millas. — Los Españoles no se atrevieron á perseguirnos á pesar de que sus fuerzas, independientemente de las cañoneras, fuesen casi el cuádruplo de las nuestras.

Las fuerzas navales que allí tenian los Españoles eran las siguientes;

Fragatas. — *Esmeralda*, 44 cañones; *Venganza*, 42; *Sebastiana*, 28;

Bergantines. — *Maypu*, 18 cañones; *Pezuela*, 22; *Potrillo*, 18 y otro cuyo nombre ignoro de 18;

Goleta. — Una, cuyo nombre desconozco, armada con una pieza de á 24 y 20 culebrinas;

Buques mercantes armados. — *Resolucion*, 36 cañones; *Cleopatra*, 28; la *Focha*, 20; *Guarney*, 18; *Fernando*, 26; *San Antonio*, 18.

Total : 14 buques, 10 de los cuales estaban listos para salir á la mar y 27 lanchas cañoneras.

En este hecho de armas, mi hijo cuasi muere. — Como esta ocurrencia ha sido narrada con alguna inexactitud por algunos escritores chilenos, relataré lo que pasó.

Al principiar el fuego, habia colocado al niño en mi cámara, cerrando la puerta con llave. — Él se disgustó

de la reclusion y se salió por la ventana de los jardines de popa para venirse á colocar á mi lado. — Como no podia ocuparme de él, le permití quedarse, y él que se hallaba con un uniforme en miniatura de guardiamarina que le habian hecho los marineros, se puso á dar pólvora á los artilleros. — Se encontraba en esta ocupacion, cuando una bala rasa se llevó la cabeza de un marinero, que estaba cerca de él, salpicándole la cara los sesos de aquel infeliz. — Al punto recobró su serenidad (no con gran alivio para mí que estaba aturdido creyendo le habian muerto) y corrió á encontrarme gritando : « No me han herido, papá; la bala no me tocado; Juanillo dice que la bala para matar al niño de mamá no se ha fundido aun. » — Mandé que le bajaran, pero como se resistia con todas sus fuerzas, tuve al fin de permitirle se quedase sobre cubierta durante la accion.

La pérdida que tuvimos en esta refriega fué insignificante, si se considera nos hallábamos bajo el fuego de mas de 200 cañones. — Esto fué debido á habernos colocado de tal modo, que teníamos las fragatas enemigas entre nosotros y los fuertes, por lo cual los proyectiles que estos nos arrojaban, no hacian mas que tocar en los aparejos, que quedaron bien maltratados.

Como al principiar la accion habia niebla, los Españoles creyeron que todos los buques de Chile se encon-

traban en ella y no fué poca la sorpresa que tuvieron, luego que el tiempo aclaró, al ver que el solo combatiente que tenian era su propia fragata, la antigua *Maria-Isabel*. — Fué tanto el desaliento que les causó este descubrimiento, que tan pronto como les fué posible, despues del combate, desaparejaron sus buques de guerra, formando con los masteleros y berlingas una doble cadena que colocaron al traves del surgidero para impedir la entrada.

Los Españoles ignoraban entónces que yo era el que mandaba la escuadra chilena; mas tan pronto como lo supieron, me confirmaron con el título poco lisonjero de *El Diablo*, y por el cual se me conoció entre ellos mas tarde. — Ese epíteto hubiera sido mas merecido, si los otros buques me hubiesen ayudado.

Al siguiente dia, habiendo reparado los daños que habíamos sufrido, volvieron á entrar la almiranta y el *Lautaro* haciendo un fuego destructivo sobre las cañoneras españolas. Los buques neutrales que habia en el puerto se retiraron fuera de tiro de cañon. — Las lanchas cañoneras se colocaron cerca de las baterías adonde poco daño les podíamos hacer y nosotros recibir mucho de las baterías; así fué que nos contentamos con esta demostracion.

El 2 de marzo despaché al capitan Foster á apoderarse de la isla de San Lorenzo, acompañado de la cañonera española y de las lanchas de la *O'Higgins* y del

*Lautaro.* — Allí se ofreció un triste espectáculo de la crueldad de los mandatarios españoles. — Había allí 37 prisioneros chilenos, que por el espacio de ocho años eran obligados á trabajar diariamente con cadena, bajo la custodia de una guardia militar, que fué hecha prisionera á la vez. — El sitio en que dormían era un techado cubierto de inmundicia, y para dormir se les encadenaba de una pierna á una barra de fierro.

La alegría de esos desgraciados al recobrar la libertad, cuando no la esperaban, apénas puede concebirse. Tanto estos patriotas que acababan de ser libertados como los Españoles que acababan de ser prisioneros, me aseguraron que en Lima había un gran número de oficiales y marineros chilenos, que se encontraban en una condicion mas triste que los de la isla; que los grillos de sus piernas habían comido la carne hasta llegar al hueso, y que al comandante de ellos, por un exceso de crueldad, le tenían condenado á muerte hacia mas de un año.

A vista de esto envié un parlamentario al virey don Joaquin de la Pezuela, pidiéndole un canje con los Españoles que tenía en mi poder y los que estaban en Chile (que eran numerosos y se hallaban comparativamente bien tratados) á fin de que esos infelices pudiesen volver al seno de sus familias. — El virey negó el cargo de mal tratamiento, agregando que tenía el de-

recho de tratar á los prisioneros como á piratas, si lo creyera oportuno; rearguyendo que el general San Martín, despues de la batalla de Maypu, habia tratado de espía al comisionado español y amenazádole con la muerte repetidas veces. — El canje de prisioneros fué descortesmente rehusado, finalizando el virey su respuesta con manifestar su sôrpresa, porque un noble inglés mandase las fuerzas marítimas de un gobierno « que ningun país del globo habia reconocido. » — A esta última observacion creí de mi deber responderle, « que un noble británico era un hombre libre y por lo tanto tenia el derecho de ayudar á cualquier país que se esforzase por restablecer las garantías de la humanidad ultrajada; que por esto habia abrazado la causa de Chile con la misma franqueza que habia rehusado el ofrecimiento que poco ántes me hubo hecho el embajador de España en Lóndres del empleo de almirante de la escuadra de ese reino. »

Este ofrecimiento me lo hizo el duque de San Carlos, á nombre de Fernando sétimo.

Como nuestros medios eran manifiestamente insuficientes para dar un golpe decisivo contra los buques de guerra españoles, resolví ensayar el efecto de un brulote, á cuyo objeto establecí un laboratorio en San Lorenzo, bajo la direccion del mayor Miller, comandante de marinos. — Miéntas se hacian los preparativos, tuvo lugar una explosion casual que quemó gra-

vemente á aquel hábil y esforzado oficial y nos privó de sus servicios.

El 22 de marzo, estando concluidos nuestros preparativos, nos dirigimos nuevamente hácia las baterías, pasando con la almiranta muy cerca de los fuegos combinados de los fuertes con el de las embarcaciones, teniendo por objeto distraer la atencion del enemigo y ocultarle el brulote, que habíamos dejado ir á merced de las olas con direccion á las fragatas; pero, cuando se hallaba este como á tiro de fusil, una bala rasa le echó á pique frustrándose así nuestro plan. — El *San Martín* y el *Lautaro* se hallaban muy atras y fué menester renunciar á todo ataque y dejar ir á pique el brulote.

No habiendo producido mas que demostraciones inútiles las tentativas que habíamos hecho y hallándose los buques faltos de agua y de provisiones, nos vimos en la necesidad de ir á Huacho, dejando al *Chacabuco* para observar los movimientos del enemigo.

Los habitantes de Huacho, que se encontraban en la mejor disposicion para cooperar á la emancipacion del Perú, nos dieron todo cuanto necesitábamos, por lo que el comandante de armas Ceballos mando fusilar á dos de las personas mas influyentes que nos habian auxiliado, y castigar severamente á otros, embargando al propio tiempo nuestros cascos de agua y enviándome un cartel insolente, en vista de lo cual hice des-

embarcar una partida de hombres que puso en fuga á la guarnicion.

El oficial que mandaba la partida cesó empero de perseguirla por haber oido un cañoneo que tomó por un combate con un enemigo recién llegado, siendo que este cañoneo era salva que se hacia por la llegada del almirante Blanco con el *Galvarino* y el *Puyredon* — Tomado Huacho, se apresó todo cuanto se encontró en la aduana española perteneciente al gobierno.

A poco nos informaron los habitantes de ese lugar, de que en una embarcacion que se encontraba en el rio Barranca, habia una gran cantidad de dinero que se habia embarcado para mayor seguridad y pertenecia á la compañía de Filipinas. Al momento la embarcacion fué registrada y el tesoro trasportado á bordo de la almiranta. — En seguida, dejando al almirante Blanco en Huacho con el *San Martin* y el *Puyredon*, navegué el 4 de abril para Supe, llevando el *O'Higgins* y el *Galvarino*. — Habia sabido que de Lima habia partido para Guambucho un contingente de dinero, destinado á pagar las tropas españolas; así fué que el dia 5 hice desembarcar en Patavilca un destacamento de marinos, el cual se apoderó del contingente que ascendia á 70 mil pesos, á la par de una porcion de municiones. — El dia 8 volví á tener aviso de que á bordo del bergantin frances *Gazelle*, surto en Guambucho,

BIBLIOTECA NACIONAL  
"BIBLIOTECA AMERICANA  
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

se habia embarcado por la compañía de Filipinas otro tesoro, con cuyo motivo me di á la vela para aquel punto, y el dia 10 los marineros de la *O'Higgins* pasaron á registrarlo y se trajeron 60-mil pesos.

El sistema que empleaba para tener noticia de estos convoyes y apoderarme de ellos, era el gratificar con largueza á los que me hacian las confianzas, y de este modo tenia facilidad aun para aprehenderlos en lo interior del país. — Mas tarde, el ministerio de Chile se negó á acordarme « fondos para el servicio reservado, » y para suplir esa falta tuve que hacer los desembolsos de mi propio haber.

En mis procedimientos tenia particular cuidado de granjearme la amistad del pueblo peruano, empleando hácia él medidas conciliatorias, procurando con escrupuloso cuidado se respetara su propiedad y que lo que se tomara fuera exclusivamente de Españoles. — De este modo se inspiraba confianza y se conseguia encender los ánimos para desear la emancipacion. — A no haber sido así, dificilmente me habria arriesgado á destacar partidas á lo léjos de la costa para obrar en el país, como despues lo hice, tomando fieles informes de los movimientos de los enemigos.

Dejamos este lugar y el 13 llegamos á Payta, punto guarnecido por los Españoles. — Hubo necesidad de enviar á tierra una partida, á cuya presencia los ene-

migos abandonaron el fuerte y se les tomó cañones de bronce, aguardiente y pertrechos de guerra. — Algunos marineros, desobedeciendo órdenes estrictas, robaron ornamentos valiosos de iglesia, los cuales mandé devolver al momento de saberlo, castigué á los delincuentes y entregué á los sacerdotes un mil pesos para que repararan el daño inferido. Este paso, aun cuando no podia captarnos la voluntad del clero que miraba con alarma el triunfo de los Chilenos, aumentó nuestra popularidad entre los habitantes. — El ver que de tal modo nos absteníamos del pillaje era casi incomprendible para un pueblo que tenia dura experiencia de la rapacidad española, y esto mismo era tambien incomprendible para los indisciplinados Chilenos, que montaban la mayor parte de la escuadra, por cuanto se les impedía el saqueo.

El 5 de mayo me adelanté, con solo la almiranta, á reconocer el Callao, á consecuencia de haber sabido que las fragatas españolas habian hecho huir cerca del puerto al *Chacabuco* y al *Puyredon*. — Las encontré que se hallaban otra vez amarradas al abrigo de las baterías, por lo cual nos volvimos á Supe, convencidos de que nuestra anterior visita al Callao habia producido el eficaz resultado de disuadirles de salir á la mar en proteccion de sus costas; resultado que correspondia al pensamiento que tuve para haber dado los ataques que di; lo cual era una gran ventaja, puesto que

así quedábamos dueños de la costa para poder comunicar libremente con los habitantes de ella é investigar el estado de los ánimos, que por cierto era casi unánime para cooperar con Chile en pro de la emancipacion, á vista de nuestro dominio marítimo y de la moderacion que empleábamos.

La siguiente proclama produjo un gran efecto tanto en Lima como en la costa <sup>1</sup>:

« ¡ Compatriotas !

» Los repetidos ecos de « Libertad » que resonaron en la América del Sur, fueron oídos con placer por doquiera en la esclarecida Europa y muy especialmente en la Gran Bretaña, en donde, no pudiendo yo resistir al deseo de unirme á esa causa, determiné tomar parte en ella. — La República de Chile me ha confiado el mando de sus fuerzas navales. — A ellas compete el cimentar la soberanía del Pacífico. — Con su cooperacion serán rotas vuestras cadenas. — No lo dudeis: el día está próximo en que, derrocado el despotismo y la condicion degradante en que yaceis sumidos, seréis elevados al rango de una nacion libre,

1. Las proclamas y demas documentos que se acompañan en estas *Memorias*, las conservamos tales cuales se hallaban en el original, porque así aparecieron en la fecha en que se escribieron.

al cual naturalmente os llama vuestra posición geográfica y el curso de los acontecimientos.

» Pero debéis coadyuvar á la realización de este objeto arrostrando todo peligro, en la firme inteligencia que tendréis el mas eficaz apoyo del gobierno de Chile y de vuestro amigo

» COCHRANE. »

Esta proclama fué acompañada con otra del gobierno de Chile, en que manifestaba la sinceridad de sus intenciones; de suerte, que la combinación de todo esto produjo el efecto, de que se nos recibiera por todas partes como á libertadores.

El día 8 nos volvimos á Supe y allí se nos dijo, que en las inmediaciones habia una fuerza española; la cual determinamos sorprender, haciendo desembarcar al anochecer un destacamento de marineros por el medio de una fuerte resaca. — Pero el enemigo se hallaba vigilante é hizo caer á la mañana siguiente á nuestra fuerza en una emboscada, de la cual habria librado mal si el mayor Miller, que mandaba los marinos, no hubiese andado con tanta presteza, formando su gente y atacando á su vez á la bayoneta, por cuyo medio puso en derrota al enemigo, le tomó una bandera y la mayor parte de sus armas.

El día 13 llegó de Lima un destacamento de tropas españolas al mando del comandante Camba, quien á

pesar de la superioridad numérica que tenia no se atrevió á atacar nuestra pequeña fuerza, dejándola retirarse á los buques con una gran porcion de ganado cogido al enemigo; sin embargo, Camba escribió al virey una estudiada descripcion, en que le aseguraba « haber arrojado al mar al enemigo, » en recompensa de lo cual se le dió un ascenso.

Es inútil entrar en otros detalles acerca de las excursiones que hicimos á otros puntos de la costa, en donde cogimos tambien provisiones y pertrechos de guerra, siguiendo mi idea, de compeler á los Españoles á proveernos de todo la que la escuadra necesitaba, no gravando en nada á los naturales. — Al fin resolví volverme á Valparaíso, atendiendo á la falta de elementos que habia para llenar el objeto principal de nuestra misicn, organizando una fuerza mas competente. — El 16 de junio entré en aquel puerto, en donde encontré al almirante Blanco con el *San Martín* y el *Chacabuco*. — Dicho almirante se habia visto obligado á levantar el bloqueo del Callao por falta de provisiones, lo cual habia desagradado en alto grado al gobierno, sin acordarse, que lo primero que tenia que censurar era su propia negligencia ó falta de prevision para atender en tiempo á las necesidades de los marinos.

En la primera expedicion se habian satisfecho los objetos principales de ella; estos eran hacer recono-

cimientos con la mira de las futuras operaciones que debian llevarse á cabo cuando la escuadra se encontrase en buena condicion, y sobre todo, sondear las inclinaciones de los peruanos, respecto á la idea de la emancipacion, lo cual era de la mayor importancia para Chile por la continua vigilancia y alarma en que tenia que estar, miéntras los Españoles posesesen tranquilamente el Perú y se encontrasen en aptitud de amagar las libertades que acababan de conquistarse. — A este fin se habia conseguido que las fuerzas navales del enemigo se resignasen á permanecer encerradas al abrigo de los fuertes sin intentar nada; que los destacamentos que eran encontrados por nuestras partidas fuesen derrotados en donde quiera se les encontrase, y ademas el haber capturado sumas de dinero no poco considerables.

Sin embargo, era evidente que el sistema adoptado por los Españoles, para la defensa en el Callao, hacia que la empresa de atacarlos fuese muy dificultosa sin contar con otros medios mas eficaces que el de los cañones de los buques, por ser estos muy inferiores en número á los que el enemigo tenia en las fortalezas y embarcaciones combinadas, y á la superioridad de sus artilleros sobre los nuestros.

El Supremo Director vino á visitar la escuadra, y aprovechándome de esta ocasion, le escribí una carta con fecha 21 de junio, en que le manifestaba temer

que los recursos del gobierno no fuesen muy abundantes y que gustoso cederia, para subvenir á las exigencias de la República, la parte de presas que me correspondia en el curso que acababa de hacer, en cambio de que dicha suma se emplease en manufacturar cohetes á la congreve. Este ofrecimiento fué rehusado, felicitándoseme de parte del Supremo Director por las ventajas obtenidas ya en haber obligado á los Españoles «á encerrarse ignominiosamente en su puerto, á pesar de su inferioridad numérica. »

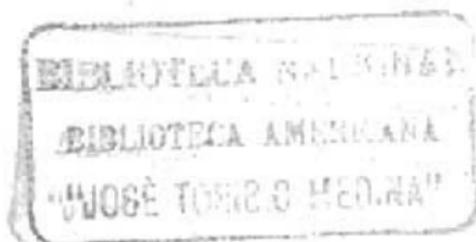
El pueblo me presentó á la vez multitud de exposiciones llenas de cumplimientos, y en el Instituto nacional de Santiago se pronunció un panegírico sobre los servicios que habia rendido, el cual no lo reproduzco por ser una recapitulacion de lo que ya llevo escrito.

Basta decir que el pueblo se encontraba bastante contento con los hechos realizados, hechos que manifestaban á los Chilenos el poder acometer al enemigo en su mejor fuerte, considerado por ellos y los Españoles como inexpugnable, mientras que ántes sus puertos estaban bloqueados.

La fabricacion de los cohetes se emprendió con actividad bajo la direccion del señor Goldsack, ingeniero distinguido que habia sido contratado en Inglaterra para este objeto. — Por una economía mal entendida, el gobierno entregó el trabajo de hacer y cargar los

cohetes á los prisioneros españoles que tenía, dando mas tarde resultados, que eran de esperar.

Dos meses se pasaron en este y otros preparativos, durante cuyo tiempo la escuadra fué aumentada con una corbeta construida en la América del Norte y que el Supremo Director llamó la *Independencia*.



## CAPÍTULO II

Segunda expedición al Perú. — Contrariedad por no haber sido provisto de tropas. — Mal éxito de los cohetes. — Salida para Arica. — Toma de Pisco. — Captura de embarcaciones españolas en Puná. — Se resuelve acometer á Valdivia. — Llegada á las inmediaciones de este puerto y presa del bergantín español *Potrillo*. — Se consiguen tropas de Concepcion. — La almiranta en peligro de naufragar. — Ataque contra los fuertes y toma de Valdivia.

El 12 de setiembre de 1819 volví á darme á la vela para la costa del Perú, llevando por mi segundo al almirante Blanco. — La escuadra se componia de la *O'Higgins*, el *San Martin*, el *Lautaro*, la *Independencia*, el *Puyredon*, el *Galvarino* y el *Araucano*. — Estos dos últimos no estaban preparados aun. — Llevábamos tambien dos embarcaciones para convertirlas en brulotes.

El gobierno ansiaba que cuanto ántes se diese un golpe decisivo. — Sin embargo, la escuadra se encontraba en una condicion poco mejor que ántes, por no

haberse podido realizar un empréstito, al cual habian contribuido los comerciantes con solo pesos 4,000. — Los cohetes era lo que llevábamos de mayor refuerzo. — Las tripulaciones se componian, en su mayor parte, de paisanos chilenos, á quienes era difícil convertir en buenos marinos, á pesar de batirse con bizzarria, cuando se hallaban bien mandados. — Los oficiales eran casi todos Ingleses ó Norte-Americanos, lo cual compensaba en cierto modo la falta de pericia de los marineros, aun cuando pocos de entre ellos tenian el tacto de enseñar á estos algo que les hiciera asemejarse á tales. — Esta tarea no era fácil, atendiendo á que la mayor parte de los que servian á bordo se encontraban obligados á desempeñar el servicio de marinos y marineros.

Al gobierno pedí 4,000 hombres, asegurándole que aun con ese número me seria posible tomar los fuertes del Callao y destruir las embarcaciones españolas que habia en el puerto. — Se contestó que dicha fuerza la encontraria pronta para embarcarse en Coquimbo, adonde llegué el 16, recibiendo en vez de los 4,000 soldados pedidos, tan solo 90! y aun estos se encontraban en un estado tan andrajoso, que los habitantes hicieron una suscripcion de 400 pesos, que se entregaron al mayor Miller para comprarles ropa.

Este incidente fué tanto lo que me contrarió, que estuve á punto de volverme á Valparaíso á hacer mi dimision ; pero considerando que los cohetes los tenia

á bordo y que el gobierno podia enviar luego una fuerza militar, me resolví ir adelante y el 29 di fondo en la rada del Callao, con toda la escuadra

Los dos dias que siguieron á nuestra llegada los empleamos en construir balsas para los cohetes y en preparar salvavidas para los hombres que pudiesen caer de aquellas.

El dia 1º de octubre entraron á la bahía el *Galvarino*, el *Puyredon* y el *Araucano* para hacer un reconocimiento, y sufrieron un fuego mortífero de las baterías de tierra. — Mandé que la *Independencia* se adelantara en socorro; pero este buque ancló á algunas millas distante de ellos. — Ese mismo dia, el teniente coronel Charles, oficial hábil y valiente, practicó un reconocimiento en un bote y ensayó algunos cohetes, de los que nos dió malos informes.

En el encuentro de este dia, una bala rasa dió en el mastelero del *Araucano*, causándole grave daño, y fué necesario para repararlo reforzar el palo con el cepo de una áncora tomada del *Lautaro*, siendo preciso para ejecutar esta operacion traer de la almiranta una hacha. — Menciono esta circunstancia por solo hacer ver el modo como estaba equipada la escuadra.

El dia 2 volvió á entrar el *Araucano* en compañía de una flotilla de botes mandados por el capitan Guise, los que lanzaron algunos cohetes sin producir efecto notable, salvo el de que los Españoles desaparejaron

sus buques. — El bergantin recibió daño considerable del fuego que le hacian las embarcaciones y los fuertes.

Despues que hubo anochecido, combinamos un ataque de cohetes y bombas. — El *Galvarino*, llevaria á remolque una balsa con un mortero á las órdenes del mayor Miller; en efecto este consiguió colocar dicha balsa á media milla de las baterías enemigas, á pesar del tremendo fuego que le hacian. El *Puyredon* le seguiria remolcando otra balsa con las bombas y almacén de municiones; el *Araucano* iba encargado de otra que llevaba los cohetes bajo el mando del capitán Hind; la *Independencia* seguiria remolcando otra balsa con cohetes, mandada por el teniente coronel Charles, y el resto de la escuadra se quedaria sobre las anclas.

Las esperanzas que yo y todos teníamos de este plan, por el efecto que producirian los cohetes, eran grandes; pero estaban destinados á frustrarse, porque ellos resultaron completamente inútiles. — Algunos, en razon de la mala soldadura que tenían, se reventaron por la fuerza de expansion ántes de salir de la balsa, incendiando á otros, lo cual produjo se volara aquella y quemase al capitán Hind y 13 hombres mas; otros tomaron una direccion mala, á causa de que las varillas no ardian, porque no eran de la madera que debian ser. — El resultado fué, que eran inútiles, y que esto se conoció cuando ya era tarde.

En el capítulo precedente se dijo que los tubos se habian dado á cargar á los Españoles prisioneros por razon de economía; estos no desperdiciaron ocasion para intercalar puñados de arena, aserrin y aun lodo de intervalo en intervalo, consiguiendo así que la llama no siguiera é impidiera que la carga se inflamase. — Vituperar la lealtad de los prisioneros que se hallaban en el arsenal de Chile era injusto; pero esto no evadía el cruel quebranto que sufrí, colocándonos en una posicion peor á la en que ántes nos encontrábamos, pues los enemigos habian aumentado los medios de defensa obstruyendo la rada y perfeccionando á sus artilleros de un modo tal, que los nuestros quedaban muy inferiores.

El único daño que se hizo, fué con el mortero del mayor Miller, quien echó á pique una cañonera española y mató á algunos hombres en los fuertes y en las embarcaciones.

Al amanecer, viendo que no habia necesidad de mantener las balsas expuestas al fuego de las baterías, las mandé retirar. — Nuestra pérdida fué insignificante, no pasando de unos 20 hombres entre heridos y muertos, siendo del número de estos un jóven oficial de porvenir, el teniente Bealey, á quien con dolor recuerdo haberle visto dividido por una bala rasa.

El gobierno de Chile culpó injustamente al señor Goldsack del mal éxito de los cohetes, porque la verda-

dera culpa la tenia el mismo gobierno en no haberle suministrado los obreros y materiales competentes. — Por economizar se empleó á los prisioneros y un zinc de mala calidad para soldar los tubos, frustrándose, por el ahorro de unos pesos, el buen resultado de un gran fin. — Este incidente causó la ruina de Goldsack, aun cuando era incuestionable su capacidad y tenia la recomendacion de haber sido, durante algunos años, uno de los principales ayndantes del caballero W. Congreve en Woolwich.

El dia 5 se completó uno de los brulotes, y en el acto resolví ensayarlo contra la barra de maderos y los buques, poniéndolo á las órdenes del teniente Morgell.

El teniente lo condujo con mucha entereza hácia las embarcaciones enemigas; pero habiendo escaseado el viento, el brulote vino á ser el blanco de la excelente puntería de los Españoles y en un momento fué acribillado de balas. — En el acto que principiaron á tirar bala roja, Morgell abandonó el brulote, poniéndole fuego al cebo y abandonándole al viento, de lo cual resultó que la explosion la hizo á distancia, sin causar daño al enemigo.

Miéntras sucedia esto, corrió la voz de avistarse una vela extraña cerca de la bahía. — El *Araucano* salió en el acto á darle caza y volvió al siguiente dia con la noticia de que era una fragata. — A vista de esto la escuadra salió en su persecucion á toda vela; mas como

creí oportuno no alejarme del Callao, se abandonó la caza y volvimos á nuestro anterior anclaje en la tarde del propio dia. — Despues supimos que la tal fragata era la *Prueba*, de 50 cañones, que acababa de llegar de Cádiz, convoyando un buque que traia un cargamento estimado en cerca de 500,000 pesos. — Este buque consiguió escurrirse en el Callao durante la corta ausencia que hizo la escuadra en persecuimiento de la fragata, resultando que perdimos las dos presas.

Era inútil quedar mas tiempo en el Callao. — Las instrucciones que tenia me ordenaban de una manera perentoria no acercarme con los buques á tiro de las baterías enemigas ni acometer á la escuadra de ellos, y que solo emplease los brulotes y cohetes. — Además, se me habia ordenado volver á Valparaiso en un tiempo dado. — Estas restricciones me las habia puesto el ministro de Marina, considerando como una temeridad de mi parte el haber atacado, en mi viaje anterior, del modo que lo hice; mas esto no significaba otra cosa, que una mezquindad de espíritu que le hacia insoportable el que yo, extranjero, consumase algo, que me elevase en la estimacion del pueblo chileno.

A parte de estas razones, yo tenia otras para abandonar el Callao. — La fragata española la *Prueba* andaba á lo largo de la costa, y segun datos que tenia, creia que su guarida era en Guayaquil, de donde me habia propuesto desalojarla:

El gobierno de Chile tampoco habia enviado los socorros prometidos para la escuadra, la cual se hallaba escasa de víveres, por cuya circunstancia me vi obligado á recurrir á mi antiguo sistema de proporcionármelos de los Españoles mismos. — Las tropas que se me habian prometido enviarme no habian venido, lo cual manifestaba, que nunca se habia tenido la intencion de cumplir con tal promesa y que la palabra del ministro de Marina, al asegurarme que me estaban esperando en Coquimbo, habia sido tam solo un ardid para hacerme salir á la mar sin una fuerza militar.

A la vez recibimos parte, de que la *Prueba* habia venido acompañada de España por dos navíos de línea que se esperaban en Arica de un dia á otro. — Salí en busca de ellos, pero tuve el sentimiento de no encontrarlos. — Mas tarde se supo que dichos navíos nunca entraron en el Pacífico, pues uno de ellos la *Europa*, habia sido declarado inútil para la mar al cruzar la línea; y el otro, el *San Telmo* se fué á pique en el cabo de Hornos.

El dia 5 de noviembre mandé á Pisco al capitán Guise, con el *Lautaro* y el *Galvarino* acompañados de trescientos soldados mandados por el teniente coronel Charles y el mayor Miller, para tomar víveres de los Españoles.

Presumiendo que los navíos españoles que se esperaban pudiesen dirigirse al Callao y que la *Prueba*

pudiese aprovechar nuestra ausencia para meterse dentro, me dirigí á aquel punto anclando en San Lorenzo el día 8, en donde encontré la fragata *Macedonia*, de los Estados Unidos. — La presencia de esta animó á los Españoles, y á poco de nuestra llegada, hicieron gala enviando 27 lanchas cañoneras á atacarnos, sin atreverse á hacer salir las fragatas. — Viéndonos que nos preparábamos á cortar sus cañoneras, se retiraron apresuradamente, causando no pequeña diversion á los Americanos, por cuyo estímulo habian salido.

Al asegurar que la *Prueba* ensayaria ponerse bajo los fuertes del Callao, no sufría un equívoco; la divisamos en efecto, y echamos á correr en su alcance, pero durante la noche se nos volvió á escapar. — Regresando, volví á encontrarla y tan solo pude tomarle un bote que enviaba á tierra con despachos para el virey. — Los informes que me dió su tripulacion me convencieron que su refugio era en Guayaquil, adonde determiné seguirla; mas ántes de referir el modo cómo lo hice, mencionaré el éxito que tuvo la expedicion mandada á Pisco.

Los oficiales que mandaban la expedicion tenian el plan de desembarcar por la noche y sorprender la guarnicion; pero como el viento les faltó, tuvieron que desembarcar de dia, cuando la referida guarnicion les esperaba sostenida por artillería de campaña y caballería. No por eso se arredraron los expedicionarios y

saltaron en tierra sin disparar un tiro, á pesar del cañoneo y fuego de fusilería que recibían de los techos y torres de la iglesia, abriéndoles brechas en las filas en cada paso que daban. — En tal situación, los patriotas acometen á la bayoneta y los Españoles corrieron á refugiarse á la plaza de la villa, quedando mortalmente herido el valiente Charles. — El mayor Miller les perseguía de cerca, cuando cayó también atravesado por tres balas que le pusieron á la muerte. — Mientras tanto, los buques aprovechando los 4 días que les proporcionaba la toma de Pisco, se abastecieron de cuanto necesitaban y destruyeron, por orden del capitán Guise, 200,000 galones de aguardiente que estaban en la playa para ser embarcados, á causa de no poder contener á las tripulaciones que se hacían ingobernables por la embriaguez.

El día 16 se me reunieron en Santa el *Galvarino* y el *Lautaro*, puerto que habían tomado los marinos de la almiranta. — El día 21 despaché para Valparaíso al *San Martín*, la *Independencia* y el *Araucano* junto con un transporte cargado de enfermos. Los 90 hombres embarcados en Coquimbo habían llevado á bordo una epidemia que contagió á un número considerable.

En seguida me dirigí en busca de la *Prueba* acompañado de la almiranta, el *Galvarino*, el *Lautaro* y el *Puyredon*. — El día 27 entramos en el río de Guayaquil, y dejando á la parte de afuera los otros buques,

la almiranta hizo fuerza de vela durante la noche, sin práctico, hasta llegar en la mañana siguiente á la isla de Puná. — Allí encontramos al ancla dos buques espaciosos que atacamos al instante. — Despues de un vivo fuego por el espacio de 20 minutos, arriaron bandera, y al tomarlos vimos que eran el *Aguila*, de 20 cañones, y el *Virginia*, de 16, ambos cargados de madera y destinados á Lima. — Al propio tiempo nos apoderamos de Puná.

Cuando volví con las presas para reunirme á los otros buques, los hallé preparados para dar á la vela, en razon de que habian creido que el cañoneo habria sido con la *Prueba*, y presumian que la parte peor del combate me habria tocado.

En verdad, la *Prueba* se hallaba en Guayaquil, pero la habian aligerado sacándole los cañones y municiones y llevádola rio arriba, adonde era imposible acercarse por falta de agua, á mas de que era impracticable el cortarla con los botes por hallarse defendida por las baterías de tierra.

En este lugar debo referir un accidente, que aunque no debiera mencionarse, conviene tenerlo presente por hallarse en relacion con sucesos posteriores. — Los capitanes Guise y Spry, calculando que el éxito nada lisonjero que habia tenido la expedicion, seria imputado á mí al volver á Valparaíso, y no á las instrucciones que se me dieron ni á los malos cohetes, in-

tentaron promover un motin en las tripulaciones, para que al llegar á Valparaíso presentaran á la escuadra en una situacion desagradable; propalando para ello, de que yo habia tenido la intencion de privar de la parte de premio en las presas á los otros buques, que con esa intencion habia dejado afuera; que los oficiales y marineros de la almiranta habian con tal objeto saqueado á discrecion las presas, ántes de salir de la ría, y por último, que yo iba á reclamar una doble parte por haber obrado como almirante y capitán. — No quedando duda de que dichos oficiales eran los autores de estas voces, determiné tomar una seria cuenta de la conducta de ellos. — Al practicar los esclarecimientos, ambos capitanes me dieron su palabra de honor de no haber sido los autores ni aun oido semejantes voces. — Pero como mi resolucion era no volver á Valparaíso ni mucho ménos el dar á conocer mis planes á oficiales que me eran hostiles, despaché el *Lautaro* para Valparaíso escoltando las dos presas y los preciosos cañones de bronce cogidos en el *Virginia*. — Al *Galvarino* y al *Puyredon*, los dejé para observar los movimientos de la *Prueba*.

Habia ejecutado la anterior resolucion el 13 de diciembre, despues de haber trasbordado á la almiranta al mayor Miller, que se encontraba restablecido de sus heridas.

Como el lector puede suponer, yo me encontraba

bastante contrariado por no haber conseguido mi intento en el Callao. — Las causas que hubo para ello las he expuesto ya; por otra parte, el pueblo de Chile esperaba imposibles, y á fin de satisfacerle y satisfacer mi amor propio herido, trabajé por encontrar un hecho que ejecutar y que correspondiese á tales esperanzas. — En el dia no tenia mas que un solo buque y por consiguiente no habia que consultar á nadie. — Del concurso del mayor Miller estaba seguro, aun cuando habia recibido una bala en el brazo, otra en el pecho y tener invalidada la mano derecha. — Él conservaba intacta la fuerza moral, y á fuerza de experiencia su capacidad era mayor para llevar adelante mis planes.

Tenia el designio de capturar con la almiranta, y de un solo golpe de mano, los numerosos fuertes y la guarnicion de Valdivia, punto que se habia creido hasta entónces como inexpugnable. De este modo se neutralizaria en Chile el mal efecto que produciria la falta de resultados en nuestro empeño delante del Callao.

La empresa era arriesgada; sin embargo, estaba resuelto á no emprenderla ántes de haberme asegurado de la practicabilidad de ella. — La temeridad, bien que se me haya imputado muchas veces, como una cualidad, no es inherente á mi carácter. Hay temeridad en aquellas empresas en que no se calculan las consecuencias; pero cuando estas son previstas, aquella desaparece.

Encontrándome libre de las gentes que no quisieron

secundarme en mis operaciones anteriores, me resolví á tomar á Valdivia siempre y cuando lo creyese practicable.

El dia 18 de enero de 1820 hice un roconocimiento de la plaza entrando en la almiranta con pabellon español. — Hice señales para que se nos mandase un piloto; los Españoles tomaron la *O'Higgins* por la *Prueba*, tanto tiempo esperada, y mandaron lo que se les pedia con una escolta de honor, compuesta de un oficial y cuatro soldados. — Al momento que pusieron pié sobre cubierta, fueron apresados. — Al piloto se le mandó nos llevara á los canales que conducian á los fuertes. — El oficial y hombres que le acompañaban, conociendo lo difícil que les era poder escaparse, me dieron todos los informes que les pedí, con los cuales mi confianza se acrecentó para atacarles con buen éxito. — Entre otras cosas me avisaron que el bergantin *Potrillo* estaba al llegar, trayendo dinero para el pago de la guarnicion.

El jefe de la guarnicion de la plaza, viéndonos tan ocupados en reconocer el canal, principió á sospechar de nuestro objeto, sospecha en que acabó de confirmarse por la detencion del oficial. Al instante los fuertes rompieron un vivísimo fuego contra nosotros, al cual no contestamos, poniéndonos fuera del alcance de ellos, por haber completado el roconocimiento que deseábamos.

Después de dos días de reconocimiento, se descubrió á la vista el *Potrillo*, el cual engañado por la bandera española que teníamos izada, fué capturado sin disparar un tiro. — A su bordo encontramos 20,000 pesos y algunos despachos importantes.

Conociendo que nada podía emprender sin tropas, de las cuales los ministros tuvieron buen cuidado de no proveerme, me determiné á hacer vela para Concepcion, en donde el gobernador Freire tenia una fuerza considerable, destinada á contener las hordas salvajes de Indios, que capitaneaba el monstruo de Benavides y su hermano, y las empleaban en asesinar á los indefensos patriotas. — El día 22 llegamos á Talcahuano y allí encontramos al bergantín de Buenos Ayres *Intrépido* y la goleta *Montezuma*.

El gobernador Freire nos recibió con grande agasajo, y tan luego como le expuse mis planes, puso á mi disposición 250 hombres, mandados por un intrépido Frances, el mayor Beauchef. — Hacia esto Freire hallándose en visperas de atacar á Benavides y tomando sobre sí la responsabilidad de debilitar sus fuerzas y caer en desgracia para ante su gobierno.

Sin pérdida de tiempo la gente fué embarcada á bordo de los tres buques, el *Montezuma* que se admitió al servicio, la almiranta y el *Intrépido* que se prestó á acompañarnos.

La conducta del general Freire, al poner tropas á

mis órdenes, era altamente recomendable, tanto mas desde que eran destinadas á prestar un servicio del cual no le redundaria ningun elogio, aun cuando yo saliese bien en la empresa, y se exponia á una gran consura si se malograba. — Agregábase á esto, que Freire sabia que el ministerio se habia abstenido de suministrarme tropas regulares. — A pesar de todo ello, no solo las franqueó generosamente, sino que me dió su palabra de no comunicar al gobierno mis planes. — Ocultó tambien estos á los oficiales de la tropa que me daba, recomendándoles no se cargasen de equipaje, haciéndoles consentir en que solo íbamos á Tupapel para acosar al enemigo en Arauco.

A pesar de haber obtenido tropas, no por eso las dificultades habian terminado. — La almiranta solo tenia á su bordo dos oficiales navales: el uno yacia arrestado por insubordinado y el otro era incapaz de desempeñar el cargo de teniente; por esto yo tenia que hacer de almirante, de capitán y de teniente, alternando un puesto tras otro y velando continuamente la guardia.

El día 25 de enero salimos de Talcahuano y fué solo entónces que comuniqué á los oficiales mis designios, quienes mostraron gran ardor por la causa, á pesar de que dudaban del éxito por razones de prudencia. — Yo les hice presente, que cuando proyectos repentinos se ejecutan con decision, casi siempre salen bien, aun

cuando sea notable la desigualdad de fuerzas. Ellos abrazaron gustosos mis planes. — Contaba tambien con el mayor Miller, quien restablecido de sus heridas me ofrecia la garantía de su valor como comandante.

El 29 por la noche nos hallábamnos junto á la isla de la Quiriquina, en calma muerta. — Yo estaba sumamente fatigado de los quehaceres subalternos que desempeñaba y me retiré á descansar un momento, dejando el buque al cuidado del teniente, con la órden de que en cuanto se levantara una pequeña brisa me llamara. — El teniente entregó el buque á un guardiamarina y se fué tambien á dormir. En esto, un viento repentino tomó al buque de improviso, y el guardiamarina, en sus esfuerzos por virarle lo escolló contra la punta escarpada de una roca. — Allí el buque se quedó golpeando como suspendido sobre la quilla, de tal modo que si la mar de leva se hubiese acrecentado, inevitablemente se habria hecho pedazos.

Nos hallábamnos fuera de vista del bergantin y la goleta y á 80 millas del continente. — El primer impulso de los marineros y oficiales fué abandonar el buque; pero como teniamos á bordo 600 hombres y los botes solo ofrecian capacidad para 150, el haber adoptado esa medida habria sido entablar una lucha á muerte para salvar la vida. Haciendo comprender á la gente que los que escaparan cuando mas podrian arribar á

la costa de Arauco, en donde solo les esperaban torturas y muertes, pude con mucha dificultad hacerles adoptar el partido de tratar de salvar el buque.

La primera sonda nos dió 3 piés de agua en la sentina. — Las bombas se hallaban fuera de servicio. Nuestro carpintero, que solo lo era en el nombre, no acertaba á componerlas; pero como yo entendia algo del oficio, me quité la casaca y á eso de media noche las dejé en estado de funcionar. — Entretanto el agua nos iba ganando, aun cuando la tripulacion se ocupaba en achicar con cubos. — La entrada del agua no se acrecentó, por lo que, levando el anclote, comencé á virar el buque, á pesar de las vociferaciones de los oficiales que demandaban saber el estado de la abertura. — Conociendo que esto tendia á abatir la energía de los hombres, me opuse á ello en tanto que íbamos ganando ventaja sobre la entrada del agua. — No quedó duda de que el buque flotaria hasta llegar á Valdivia, en donde despues de tomar las fortalezas, seria fácil reparar con comodidad las averías que tenia.

Merced á la fuerza física que teníamos á bordo, se consiguió hacer flotar el buque. — El agua inundó el almacén de pólvora é inutilizó las municiones, salvándose tan solo las que los soldados tenian en sus cartucheras. — Esto me daba poco cuidado, pues de ello nacia la necesidad de servirse de la bayoneta en el

premeditado ataque, á la cual los Españoles habian manifestado ántes bastante aversion.

Antes de tomar tierra al Sur de Punta Galera trasladé, con una mar crecida, las tropas y marinos del *O'Higgins*, al *Intrépido* y *Montezuma*, colocando en este último mi pabellon. — Al *O'Higgins* lo mandé se mantuviese á una distancia que lo pusiera fuera de vista de tierra. — Mi intencion era desembarcar aquella misma noche y sorprender á los Españoles; pero se frustró este plan por haber sobrevenido calma.

Las fortificaciones de Valdivia están situadas á los dos costados de un canal ancho de tres cuartos de milla, dominando la entrada, el surgidero y la ria que conduce á la poblacion. — Los fuegos de ellas se cruzan en todas direcciones, de tal modo, que con poca cautela por parte de la guarnicion, ningun buque podria entrar sin ser bien maltratado, como tampoco permanecer al ancla. — Los fuertes principales de la ribera occidental están colocados en el orden siguiente: el Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocomayo Alto y Castillo del Corral. Los del costado oriental son: el Niebla, frente por frente del Amargos y el Piojo, en tanto que la isla de Manzanera era un fortificado castillo, montado con piezas de grueso calibre y dominando toda la extension de la entrada del canal. — Estos fuertes con algunos otros, eran quince, los que en manos de una guarnicion experta hacian casi inexpug-

nable la plaza. Las riberas sobre las que están contruidos son poco ménos que inaccesibles á causa de la resaca, salvo un pequeño desembarcadero que hay en la aguada de los Ingleses.

El día 3 de febrero, nos dirigimos á la aguada, anclando el bergantin y la goleta cerca de los cañones del fuerte Inglés. — Habia una mar de leva que nos impidió un desembarco inmediato. — Las tropas las colocamos bajo cubierta y para que nada sospecharan los Españoles, aparentamos que acabábamos de llegar de Cádiz y que teníamos necesidad de un piloto. — Se nos contestó que mandásemos un bote por uno. — A esto respondimos que no teníamos bote, porque en el cabo de Hornos la mar se los habia llevado. — Esto no les satisfizo y principiaron á reunir tropas en el desembarcadero y á tirar cañonazos de alarma, trayendo al fuerte Inglés las guarniciones de los fuertes del Sur, pero sin molestarnos.

Desgraciadamente, uno de los botes que teníamos oculto á sotavento de los buques, se largó por la popa, descubriendo nuestros designios. — En el acto los cañones del fuerte Inglés, bajo los cuales nos hallábamos, rompieron el fuego sobre nosotros. — La primera bala, atravesando los costados del *Intrépido*, mató dos hombres. — No quedó otro partido que desembarcar, á pesar de la mar de leva.

No teníamos mas que dos lanchas y un esquife, en

el cual entré yo para dirigir la operacion. — El mayor Miller partió adelante con la primera lancha tripulada por 40 marinos, arrostrando los fuegos de los que defendian el desembarcadero. — El patron de la lancha cayó herido y Miller ocupó su puesto, recibiendo una bala que le atravesó el sombrero y rozó la coronilla de la cabeza. — Mandando hacer fuego á unos pocos de los suyos, saltó en tierra con su partida, poniendo en fuga al enemigo con una carga á la bayoneta. — En este momento llegó la segunda lancha del *Intrépido*, y en ménos de una hora tomaron tierra 300 hombres.

Faltaba lo mas dificultoso de la empresa, capturar los fuertes. — El único camino que habia para acercarse al fuerte Inglés, era un sendero escarpado por donde solo podia desfilarse de uno en uno. — El fuerte no era accesible mas que por una escala de mano que los enemigos habian recogido al ser derrotados por Miller.

Al anochecer, una partida de hombres escogidos, dirigidos por un prisionero español, se adelantó en silencio al ataque. — Iba á caer sobre un cuerpo enemigo que se hallaba fuera del fuerte; pero como habia vuelto á entrar, nuestra gente no encontró oposicion.

Esta partida tomó posicion y entónces avanzó el grueso de la fuerza, dando vivas y disparando al aire, para intimidar á los Españoles, que debian esperar

cargas á la bayoneta. — El enemigo continuó un fuego de artillería y fusilería en direccion de donde venia la gritería de los nuestros, pero sin causar daño alguno, porque la oscuridad de la noche les impedia hacer puntería. — Mientras que de este modo iban avanzando los patriotas, un valiente jóven oficial, el abanderado Vidal<sup>1</sup>, que ya se habia distinguido en Santa, logró penetrar hasta el fuerte por la parte de tierra. Ayudado de algunos hombres, arrancó, sin ser apercebido, unas palizadas, con las que construyó un puente sobre el foso por el cual pasó con su gente. — Guardando el mayor silencio se formaron bajo unos árboles. — La guarnicion tenia toda su atencion puesta al ruido que hacian los patriotas en una direccion opuesta á la que Vidal ocupaba.

Vidal hizo una descarga y los Españoles al sentirse atacados, creyeron ser cogidos por el flanco, y sin examinar el número de los combatientes echaron á correr comunicando el pánico á una columna de 300 hombres, que estaba formada tras del fuerte. Los Chilenos que iban con buenos bríos, los cargaron y pasaron á la bayoneta por docenas, inutilizando los esfuerzos que hacían por llegar á los otros fuertes que los aguardaban con las puertas abiertas. — Por esta causa, los patriotas entraron envueltos con los Españoles y les

1. Es el general don Francisco de Vidal, que ha sido presidente del Perú, ántes del directorio.

persiguieron de fuerte en fuerte hasta el Castillo del Corral, derrotando igualmente á otros 200 mas que habian abandonado unos cañones que tenian apostados sobre una altura en el fuerte de Chorocomayo. — El Corral fué asaltado con la misma rapidez. Los enemigos huyeron, unos en botes á Valdivia, otros á los bosques; mas de cien, sin contar los oficiales, cayeron en nuestro poder y otros tantos fueron pasados á la bayoneta. — Nuestra pérdida fué de siete muertos y 19 heridos.

Los Españoles, sin duda, habian considerado inatacable su posicion, en lo cual tenian razon, atendiendo á lo difícil de su acceso, pero contando con que la defendiesen del modo que se debia hacer. — Conocieron su error tarde, confirmándose de este modo mi observacion precedente hecha á los oficiales, de que un ataque sobre el punto que ménos se espera, es por lo regular coronado de buen éxito.

Lo que ménos esperaban los Españoles era un ataque de noche, el mas favorable de todos para el que embiste, por requerir unidad de accion, y el mas desfavorable para el que es acometido, porque infunde pánico y duda y concluye casi siempre por irresolucion y derrota.

La guarnicion se componia de un batallon de línea, el Cantabria de 800 plazas, y de mas de 1000 milicianos.

El día 5 entraron en el puerto el *Intrépido* y el *Montezuma*, que habian quedado en la aguada inglesa, recibiendo los fuegos del fuerte Niebla. — Luego que echaron ancla en el Corral, se reembarcaron 200 hombres para atacar los fuertes Niebla, Carbonero y Piojo. — La *O'Higgins* se presentó entónces á la entrada del puerto. — Los Españoles que habian visto perder los otros fuertes sin la ayuda de la fragata, ahora que esta habia llegado, creyeron sin duda no podrian defenderlos con buen éxito y los abandonaron. — Los patriotas desembarcaron, entraron en el Niebla y esperaron hasta que la marea permitiese ir á la villa de Valdivia.

El *Intrépido*, al cruzar el canal, sin tomar la precaucion de echar la sonda, baró en un banco y se fué á pique. — La *O'Higgins* no se hallaba en mejor estado y á fin de evitar se fuera á pique en mayor profundidad, fué preciso dar con ella en un banco de légamo cerca de tierra; de suerte que el solo buque que nos quedaba era el *Montezuma*.

El día 6, las tropas navagaron ria arriba, en persecucion de la derrotada guarnicion y entónces recibimos un parlamentario que nos informó, que el enemigo habia abandonado la villa, despues de haber saqueado las casas y almacenes de particulares; que á la vez se habia fugado el gobernador y el coronel Montoya con direccion á Chiloe.

A consecuencia de los desórdenes que los Españoles acababan de cometer, la villa se hallaba en la mayor consternacion, habiendo abandonádola sus habitantes. — En el acto di una proclama para que nadie fuese molestado en su persona y bienes, que produjo el efecto de hacerles volver. — Hice promulgar en seguida un bando para que ellos mismos nombrasen gobernador, lo cual acabó de restablecer la confianza. — Las disposiciones del pueblo eran buenas, y cualquiera inclinacion que hubiese quedado en favor de la dominacion española, se desvaneció á presencia de las tropelías que los realistas habian cometido.

En atencion á lo numerosas que eran las fortificaciones y á lo escaso de las tropas que tenia, pensé en un principio destruirlas y embarcar la artillería; pues era presumible que los enemigos volviesen de Chiloe con un regimiento que allí tenian y la defensa nos seria dificultosa; pero considerando que el reponer dichas fortificaciones, que habian costado mas de un million de pesos, seria dificultoso para Chile, resolví al fin dejarlas intactas con su artillería y municiones, prometiéndome ántes de mi regreso á Valparaíso, hacer mas completa la derrota de los que se habian fugado.

El valor del botin que cayó en nuestras manos, considerando tan solo el de los fuertes y edificios públicos, fué considerable; pues bastaba atender á que

Valdivia era el depósito general de la parte meridional del continente.

Entre los pertrechos militares se encontraban mas de 4,000 quintales de pólvora; 40,000 balas de cañon, entre las cuales 230 eran de bronce; 170,000 cartuchos de fusil; gran cantidad de armas menores; 128 cañones, 53 de los cuales eran de bronce y el resto de fierro; el buque *Dolores*, que se vendió despues en Valparaíso por 20,000 pesos, á la par de los almacenes públicos que rindieron igual valor y de la plata labrada que el general Sanchez habia robado de las iglesias de Concepcion avaluada en 46,000 pesos.

Por la correspondencia hallada en las oficinas de Valdivia, resultaba claramente que Quintanilla, gobernador de Chiloe, tenia graves temores de que hubiese una sublevacion en San Carlos; por lo que en vez de volverme á Valparaíso, me resolví á ver qué partido podria sacar allí.

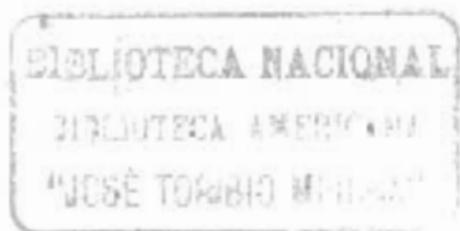
La pérdida del *Intrépido* y la inutilidad de la *Almiranta* que ya no podia navegar, influian en nuestros recursos de movilidad. — No quedándonos mas que el *Montezuma* y la *Dolores*, los atestamos con todas las fuerzas disponibles, dejando las que habian venido de Concepcion al mando del mayor Beauchef.

Miéntras tanto despaché á Valparaíso una piragua llevando la noticia de nuestros triunfos. — Esta inesperada nueva produjo, segun supe despues, un entu-

siasmo general cual jamas se habia visto. — Lo mas gracioso del asunto fué, que con corta diferencia de la piragua, llegaban los tres buques de la escuadra que despaché al salir de Guayaquil, atribuyendo el capitan Guise y sus oficiales el mal éxito de los cohetes delante del Callao á incapacidad mia; de lo cual deducian que yo no sabia mandar una escuadra. Entónces no se profirió ni una palabra de censura contra el pobre Goldsack, que en justicia no la merecia, pero á quien luego se le imputó la culpa, causándosele su ruina.

A las inculpaciones de mis enemigos, Zenteno agregó una elaborada acusacion en mi contra, tratándome de insubordinado por no haberme vuelto, segun me lo prevenian las instrucciones. — La camarilla se felicitó de que se me depondria con ignominia. — El pueblo mismo no sabia qué juicio emitir, pues le ocultaban todo cuanto podia contribuir á formar una recta opinion y solo le daban á conocer cuanto se forjaba en mi descrédito.

Con la llegada de la noticia de mis triunfos se echó tierra á todo esto; los ministros para recobrar el crédito perdido, se unieron al entusiasmo popular que no podian impedir, abrumando de injustos reproches al infeliz Goldsack, por el mal éxito de sus cohetes.



## CAPÍTULO III

Partida para Chiloé. — Preparativos del enemigo. — Toma del fuerte Corona. — Reves ante el fuerte Aguy y subsiguiente retirada. — Vuelta á Valdivia. — Captura de *Osorio*. — Regreso á Valparaíso. — Recepcion entusiasta. — Desazon del ministerio. — Importancia de la conquista de Valdivia bajo un punto de vista político. — Promocion de oficiales bajo arresto. — Indios empleados por los Españoles. — Carrera de Benavides. — Espíritu sedicioso de los marineros á consecuencia de haberse apropiado el gobierno sus capturas. — Hago renuncia de mi empleo. — No se acepta. — Bríndaseme de nuevo con una hacienda. — La rehuso otra vez. — Los marineros obtienen su paga. — Adquisicion privada de una propiedad. — El gobierno me significa querer apropiársela. — Nombramiento de un capitan de bandera contra mi consentimiento. — Molestias que me causa el ministro de Marina. — Vuelvo á hacer renuncia del mando. — Los oficiales de la escuadra resignan en masa. — El gobierno me suplica retenga el mando. — Mi consentimiento. — El general San Martín. — El Senado. — Zeuteno. — Corrupcion de los partidos en la administracion.

Despues de haber tomado las precauciones necesarias para la seguridad de la poblacion y provincia de Valdivia, estableciendo un gobierno provisional y de-

jando al mayor Beauchef á la cabeza de sus propias tropas para mantener el órden, me hice á la vela el dia 16 de febrero con la goleta *Montezuma* y la *Dolores* en direccion á la isla de Chiloe. Llevaba en mi compañía 200 hombres bajo las órdenes del mayor Miller. Mi objeto era arrancar á Chiloe del dominio español, cual lo acababa de hacer con Valdivia.

No podia contar con los servicios de la *O'Higgins*, porque para hacerla navegar se necesitaba emprender reparaciones pesadas, para las cuales no habia tiempo, puesto que el buen éxito de atacar á Chiloe dependia de hacerlo ántes que el gobernador se preparase á la defensa. — No estando armados en guerra ninguno de los dos buques que llevábamos, toda mi confianza la cifraba en el mayor Miller y en el puñado de valientes que nos acompañaban. — Teníamos que habérnoslas con 4,000 soldados regulares y con una numerosa milicia. — Además, habia sabido que la guarnicion se encontraba en estado de motin, por lo cual calculé que llegando pronto, bien podria inducir la á abrigar la causa de los patriotas.

Por desgracia, el gobernador español, Quintanilla, habia traspirado mis designios y con prudencia y astucia habia logrado apaciguar la sedicion. Así fué, que cuando el 17 anclamos en Huechucucay, nos encontramos con un cuerpo de infantería y de caballería, que tenia una pieza de campaña, dispuesto á impe-

dirnos el desembarco. — Viendo este designio, simulamos un ataque en otro punto lejano; el enemigo dividió sus fuerzas con este motivo, lo cual observándolo el mayor Miller saltó en tierra al punto, poniéndole en derrota y tomándole la expresada pieza de campaña.

Resolví hacer un ataque en la noche, para cuya efecto se pusieron en movimiento 170 hombres. — Un guia les condujo, el cual, sea por traicion ó no, los extravió, haciéndoles rodar toda la noche en la oscuridad. Al amanecer llegaron al fuerte Corona, que tomaron á la par de otra batería destacada, sin la menor pérdida de nuestra parte. Despues de un pequeño alto para hacer descansar la gente, el mayor Miller, animado de un gran valor, pero con demasiada precipitacion se adelantó hácia el fuerte Aguy á toda luz del dia. — Este fuerte era la ciudadela del enemigo y estaba montado por 12 piezas de artillería y otras mas que flanqueaban el único camino accesible que habia para ganar entrada. — La guarnicion se componia de tres compañías de línea, dos de milicia é igual proporcion de artilleros. El Aguy estaba construido sobre un cerro que el mar bañaba de un lado, y del otro lo flanqueaba un bosque impenetrable. La única entrada que tenia era un sendero, el cual servia tambien de único punto para una retirada; de tal suerte, que el ataque que se hiciera era para la guarnicion de vida ó muerte, pues que en

caso de retirada no habia medio de efectuarla como en Valdivia.

A pesar de la superioridad del enemigo y del espectáculo que presentaban dos frailes fanáticos, exhortando á la guarnicion y recorriendo las murallas con un crucifijo en una mano y una lanza en la otra, el valor indomable de Miller no le permitió permanecer hasta la noche en los fuertes que ya habia tomado, para atacar en la oscuridad con ménos riesgo. Escogió de su gente 60 hombres para el primer asalto y los condujo en persona. La puntería de todos los cañones y fusiles del enemigo se hallaba reconcentrada sobre un cierto ángulo del camino, por donde necesariamente tenian que pasar los que atacaban. Tan pronto como el destacamento llegó á ese ángulo, una lluvia de metralla y balas de fusil dió en tierra con todos, matando en el acto á 20 de los 60 y los restantes quedaron heridos mortalmente. Los marinos que quedaban de reserva, viendo caer á su comandante, se lanzaron en medio del fuego y le recogieron con un muslo pasado por la metralla y los huesos del pié derecho magullados por una bala rasa. — De otro impulso retiraron á los heridos quedando muchos de ellos en esa situacion. El capitán Erescano, que sucedió en el mando á Miller, mandó tocar retirada. — Los Españoles, animados de su buen éxito é incitados por los frailes, emprendieron la persecucion, acometiendo por tres puntos diferentes,

en cada uno de los cuales fueron rechazados, á pesar de ser estos seis veces mayores en número por las bajas que habian tenido los patriotas.

A pesar de todo, una mitad de la diezmada banda mantuvo al enemigo á distancia, miéntras la otra clavaba los cañones, rompía las cureñas y destruía las provisiones de guerra que se habian encontrado en los fuertes capturados aquella mañana. — En seguida emprendieron su retirada á la costa, seguidos siempre de los Españoles.

Los marinos, que con leal afecto recogieron al mayor Miller, habian tenido cuidado de protegerle del fuego; bien que dos de los tres que le llevaban hubiesen caido heridos. — Al llegar á la costa, Miller les invitó á que entrasen en el bote con él; mas uno de ellos, un esforzado mozo llamado Rojas, á quien habia recomendado altamente en mis despachos, desde Valdivia, rehusó diciendo : — « No señor, mi comandante, yo fui el primero que saltó á tierra y hago el ánimo de ser el último para entrar á bordo. » — Así lo hizo. — Tan pronto como vió en salvo á su comandante, corrió á reunirse á la pequeña partida que se batía en retirada, hecha trozos.

Rojas fué el último en embarcarse.

Tales eran los Chilenos, de quienes el ministro Zenteno, por mezquina emulacion, se negó á suministrarme 1,000 para mis operaciones en el Callao, que pudieran

haber sido conducidos con felicidad, puesto que Valdivia habia sido capturado con ménos de la tercera parte de este número.

Disminuidas nuestras fuerzas y convencido de que los Chilotes eran adictos á la causa de España, me volví á Valdivia. — Allí supe que los Españoles dispersos andaban cometiendo demasías. — Al mayor Beauchef le despaché con 100 hombres para que se apoderase de la villa de Osorio, el cual fué recibido con demostraciones de grande alegría, aun de parte de los mismos Indios, acerca de los cuales me escribió lo siguiente : « He abrazado á mas de cien caciques con sus comitivas. — Todos me han ofrecido sus servicios para batirse por la causa de la patria ; pero como las circunstancias no exigen esto, les invité á que se volviesen á sus tierras, prometiéndome ellos estarían prontos para cuando el país requiriese sus servicios. »

Habiendo sido expulsados de Osorio los Españoles, el 26 de febrero, se enarboló en el castillo, por el mayor Beauchef, la bandera chilena, y en seguida se regresó á Valdivia,

Como nada mas tenia que hacer en aquel punto, me embarqué en el *Montezuma* con direccion á Valparaíso, llevando conmigo á cinco oficiales españoles que habia hecho prisioneros, entre los cuales se contaba el coronel don Fausto de Hoyos, comandante del batallon Cantabria. — La *O'Higgins* la dejé á cargo de

mi secretario, el señor Bennet, para que cuidase de sus reparaciones.

Después de mi partida, engreídos los Españoles con el suceso de Chiloe, combinaron con los expulsados un plan de ataque para recobrar sus posesiones perdidas. El mayor Beauchef, conociendo en tiempo sus intenciones, les salió al encuentro. Se había agregado algun número de voluntarios á las tropas de los patriotas y con ellos reunidos, Beauchef encontró al enemigo el 6 de marzo junto al rio Toro. Les acometió de repente y después de una hora de lucha, los oficiales españoles montaron en sus caballos y echaron á correr en masa, abandonando la tropa á su propia suerte. En el acto se rindieron cerca de 300, recogieron sus armas y bagajes, y Beauchef se volvió triunfante á Valdivia.

El 27 de febrero llegué á Valparaíso en el *Montezuma* y fui acogido por las mas vivas demostraciones de entusiasmo por parte del pueblo y de ardientes expresiones de gratitud del Supremo Director. — Mas no fué así el recibimiento que me hicieron sus ministros. Zenteno, á cuyas órdenes habia yo faltado, dijo que la conquista de Valdivia; « ¡ era el acto de un loco ! que habia merecido perder la vida en ese atentado, como lo merecia ahora mismo por haberme atrevido á acometer una plaza sin instrucciones, exponiendo las tropas chilenas á semejante peligro. » — Puso en planta todo género de intrigas para deprimir los servicios

rendidos, de tal manera, que me vi expuesto á las mayores provocaciones y molestias posibles, sin que se notase el mas ligero indicio de reconocimiento ni ménos se recompensase á los oficiales, gente ni á mí.

La cólera de Zenteno y los violentos actos de sus secuaces se habian acrecentado, al presenciar las congratulaciones que llovian de todas partes al Supremo Director y á mí. Ellas expresaban que al haber obrado del modo que lo hice, no habia sido por un sentimiento de vanidad personal, sino porque yo estaba bien convencido que en ello redundaria utilidad para la nacion, y que al consumir aquel glorioso hecho, los Chilenos habian probado de cuánto eran capaces cuando tenian confianza en sus jefes, y que por lo tanto poseian el coraje físico y moral para acometer mayores empresas.

A pesar del envidioso descontento de Zenteno, el gobierno no pudo dejar de conceder, por deferencia á la opinion pública, una medalla á las tropas, mencionándose en el decreto : « Que la toma de Valdivia era el dichoso resultado de un plan admirablemente concertado y ejecutado con la mayor intrepidez y decision. » El decreto me concedia, ademas, una hacienda de 4,000 cuerdas cuadradas, sobre las tierras confiscadas en Concepcion, la cual rehusé por no haber decretado la Lejislatura un voto de gracias. — Este lo obtuve al fin, como indemnidad que se me debia por ha-

berme excedido en mis instrucciones. — Esto se hacia indudablemente, por las expresiones malévolas que Zenteno habia vertido en mi contra, á causa de haber faltado á sus órdenes <sup>1</sup>.

Atendiendo á la situacion en que se hallaba entónces Chile, no es exagerado encarecer la importancia de la captura de un soberbio puerto protegido por 15 fuertes y la de los almacenes con la inmensa cantidad de pertrechos de guerra que tenian; y aun esta importancia fué secundaria respecto á las ventajas políticas que obtuvo la República.

La incorporacion de Valdivia dió á Chile completa independencia, alejando la presumida necesidad que habria habido de una fuerte expedicion para lograr ese objeto de vital importancia á la existencia política del país; pues era evidente que miéntras Valdivia perteneciese á los Españoles, Chile estaba expuesto, en momentos de descuido ó de anarquía, á perder sus libertades, que hasta entónces solo habia conquistado parcialmente.

Los recursos que daba Valdivia y Concepcion, habian sido los elementos con que mantuvieron los Españoles su dominio sobre el territorio chileno; así fué,

1. Lord Cochrane en la acritud con que se expresa contra Zenteno por este acto, es altamente injusto. Desde el momento en que él era un empleado de la nacion, tenia que sujetarse á las órdenes del gobierno y no disponer de las fuerzas que se le confiaran, en lo que

que al privárseles de esos recursos agregándolos á los de Chile, se exoneró tambien al país de la necesidad de mantener una fuerza considerable en las provincias del mediodía para imponer respeto, no solo á los Españoles sino tambien á los Indios, á quienes, en momentos en que se conquistaba á Valdivia, se les dejaba ir sueltos en todas direcciones contra los patriotas.

Sin considerar los beneficios expuestos, el dinero solo que representaba esta conquista, era para un gobierno pobre, de la mayor importancia, pues le eximia de la necesidad de consagrar á operaciones militares desembolsos, que segun jueces competentes no bajaban de un millon de pesos. Estas operaciones eran para capturar á Valdivia, que yo, sin gasto alguno adicional, habia realizado con un solo buque.

Las ventajas de la conquista no concluyeron aquí. — Si no hubiera sido por ella, fácil habria sido á los Españoles, con el auxilio de los Indios, conservar el poder por largo tiempo, á despecho de las fuerzas que Chile hubiese enviado allí; de tal modo que no se habria podido prestar cooperacion alguna al Perú, pues que por prudencia no habrian podido consagrar sus

no se le ordenaba. — Un acto de insubordinacion tal en Inglaterra, habria merecido serios castigos, acto que bien pudo encubrirse por el buen resultado que dió, pero que habria aparecido en toda su deformidad caso de un reves. Zenteno hacia bien en hacer respetar al gobierno. Era su deber.

N. DEL ED.

fuerzas á proyectos revolucionarios á la distancia, mientras los Españoles ocupasen cualquier parte del territorio chileno. — Por otra parte, la necesidad de defenderse á sí mismos durante una prolongada guerra, hubiera impedido que Chile protegiese al Perú en su emancipacion, porque quedaba una base á los Españoles para recobrar las provincias emancipadas.

Otro beneficio hubo aun; fué este, el haber conseguido levantar un empréstito en Lóndres, lo cual ántes habia sido imposible, por estar los Españoles en posesion de Valdivia.

Y sin embargo de tales resultados, no se nos dió á los conquistadores de Valdivia ni un solo real por via de recompensa, á pesar de que el gobierno se habia apropiado el producto de cuanto habíamos capturado. — Los hombres que habian consumado esta accion heroica, andaban materialmente cubiertos de andrajos y destituidos de todo, sin que el ramo de la marina hiciese el mas ligero esfuerzo para disminuir sus padecimientos.

En lugar de recompensa se estimulaba á los oficiales que me habian acompañado á que desobedeciesen mis órdenes. — A dos de estos los habia destinado á ser castigados por el crimen de asesinato deliberado. Hélos aquí.

El abanderado Vidal habia hecho prisioneros en el fuerte Inglés á dos oficiales españoles, tomándolos

bajo la palabra dada por aquel de salvarles la vida. Estos oficiales los hizo fusilar el capitán Erescano. El abanderado Latapia, que había quedado mandando el Castillo del Corral, mandó fusilar dos de los prisioneros después de mi partida para Chiloé. — Igual suerte hubiera cabido á cuatro oficiales más, si mi secretario, el señor Bennet, no los hubiera recogido á bordo de la *O'Higgins*.

Por esta causa hice arrestar á Latapia y ordené se tomasen las competentes declaraciones para que fuese sometido á un consejo de guerra. — Al efecto le llevé á Valparaíso, en donde en vez de castigarle le dieron un ascenso del mismo modo que á Erescano, y los incorporaron al ejército del general San Martín.

He hablado de la ayuda que los Indios prestaban á los Españoles. El 10 de marzo recibí una carta del general Freire, después Supremo Director <sup>1</sup>, en la que me felicitaba por el triunfo que había obtenido en Valdivia, concluyendo con decirme, que esta captura había producido ya el resultado de que los Indios de Angol, con su cacique Benavente, se hubiesen declarado en favor

1. Difícilmente se encuentra en la historia militar de la América del Sur, un hombre más puro y más arrojado que Freire. Podía decirse de él con toda propiedad: « Era el caballero sin miedo y sin tacha. » Después de grandes servicios prestados á su patria, murió en 1852, y la gratitud nacional, por una suscripción de á un real por persona, le ha elevado una estatua en la alameda de la capital.

de la patria, y que no dudaba que esta declaración fuese seguida por parte de los Indios que habitaban á un lado y otro de la provincia. — El general Freire me escribía así, sin saber aun, que ese resultado se me debía en gran parte por haber distribuido entre esas tribus una gran cantidad de bagatelas y chucherías que tomamos á los Españoles en los almacenes de Valdivia y que ellos tenían para recompensarles las sangrientas incursiones que hacían en las provincias emancipadas.

No estará demas dar una idea del modo como los Españoles empleaban á los Indios. Su agente ó caudillo, en esta horrible guerra, era un miserable llamado Benavides, quien podia pretender á la nombradía poco envidiada de ser el mas infame monstruo que jamas deshonró á la humanidad. — En un principio habia sido soldado raso en el ejército de Buenos Ayres; despues recibió, en compañía de su hermano, carta blanca para cometer las mas atroces infamias en contra de los Chilenos. — Estos no podian defenderse del sistema encubierto con que guerrean los Indios. — Por doquiera que llegaba á sorprender un lugar ó hacienda, su sistema era fajar á los principales habitantes con pieles frescas de buey, las que hacia desollar de los ganados que encontraba; en seguida los exponia á un sol ardiente, y la contraccion de las pieles, á medida que se iban secando, causaban una lenta y prolongada

agonía hasta que morían. — Esto servía de diversion á aquel monstruo y á los salvajes que llevaba consigo, gozando del espectáculo miéntras fumaban sus cigarros. — Cuando el que caía en sus manos era alguna persona de influencia, le cortaban la lengua y le mutilaban horriblemente, de cuyas atrocidades sobrevivieron un obispo y varios caballeros.

Valdivia era el punto de apoyo de aquel malvado; de allí sacaba todos sus recursos. — Cuando nos apoderamos de esa plaza, cayó en nuestras manos un barco cargado de armas y municiones que aquel iba á distribuir entre los Indios. — El barco estaba destinado á Arauco y llevaba á su bordo dos oficiales españoles y 4 sargentos para instruir á los Indios en la táctica europea, á fin de hacerles mas formidables.

Mas tarde, el general San Martin ganó á Benavides y lo destinó á servir en Concepcion bajo las órdenes del general Freire. — Este lo rechazó, diciéndole en su propia cara, que nada queria tener que hacer con semejante monstruo. — Benavides dejó entónces á Concepcion y volvió á principiar una guerra asoladora contra los habitantes de la costa, excediendo, si es posible decirlo, á sus anteriores atrocidades. — Como el país principiase á darle que hacer, ofreció de nuevo sus servicios á los Españoles. Se embarcó con este motivo para el Perú en un barquichuelo y á la altura de Valparaíso tuvo que recalar á las inmediaciones de este

puerto para hacer aguada. — Uno de los suyos lo delató y en el acto se le llevó á Santiago y se le ahorcó.

Los marineros se iban haciendo turbulentos con motivo de no recibir ni paga ni el premio de presas. — No se cumplia con las promesas que tanto á ellos como á mí se nos habia hecho. — Como ellos se dirigian á mí para la vindicacion de sus derechos, mucho mas desde que yo les habia retraido de un motin á mano armada, asegurándoles que se les pagaria, presenté al Supremo Director una peticion en que le manifestaba los servicios de esta gente y la inmerecida severidad con que eran tratados por sus ministros. — A pesar de todo, los marineros habian ayudado al gobierno en la construccion de muelles y otras obras necesarias para el embarque y abastecimientos destinados al Perú, pues en ese entónces se habia resuelto enviar á ese país una expedicion militar.

El gobierno se habia apropiado el producto de las capturas, y para eludir el pago declaró que la conquista de Valdivia no habia sido mas, ; que una restauracion! como si la plaza hubiese estado ántes bajo el poder de Chile<sup>1</sup>. No queriendo yo permitir se desembarcasen

1. Que Valdivia estuviese ocupado por los Españoles de hecho, eso no importaba para considerarle perteneciente á Chile de derecho. — El autor confunde el *hecho* con el *derecho* y por eso al emplear la palabra *conquista* en la adquisicion de Valdivia, procede mal, porque *conquista* es la *adquisicion* de un *suelo* que no nos pertenece. — El autor por tal error ataca injustamente al gobierno descono-

los efectos que habia traído de Valdivia, á ménos que no fuese para compensar á los marineros, se me alegó en contra de tal procedimiento, que aun cuando Valdivia no habia entrado en poder de la República, Chile no habia hecho la guerra cual si fuese otra seccion de América; que por lo tanto se dejaba á mi liberalidad y honradez el considerar si debia ó no entregar al gobierno todo lo que la escuadra habia adquirido.

Tales juicios los habia emitido Monteagudo, que mas tarde fué el instrumento voluntario del general San-Martin en el Perú.

Preguntándole un dia, « si consideraba justo y legal lo que habia expuesto, » su respuesta fué : « No ciertamente, pero así se me habia mandado escribirlo. »

Viendo que nada podian sacar de mí, discutieron en el consejo sobre si deberian ó no formarme consejo de guerra por haber detenido y dado otra direccion á las fuerzas navales de Chile, yendo á tomar á Valdivia, ¡ sin órdenes del gobierno !

A tal resultado habrian venido á parar si no hubiese sido por el estado vacilante de la República y por temer al pueblo que aprobaba mi conducta y censuraba la del ministerio <sup>1</sup>.

ciendo los principios reconocidos por todos los poderes beligerantes, que forman parte del derecho público. La guerra era para acabar con la conquista, no para conquistar.

N. DEL ED.

1. Es singular la obstinacion del autor en querer evadirse del

No pudiendo obtener se hiciese justicia á la escuadra, el 18 de marzo supliqué al Supremo Director aceptase la renuncia de mi destino, pues que de permanecer en él por mas tiempo, no serviría sino para hacérseme servir de instrumento en promover la ruina que debia necesariamente acarrear la conducta de sus consejeros; agregándole al propio tiempo, que al haber aceptado el destino no habia sido para que se interpretaran siniestramente mis razones y se deprimieran mis servicios de la manera que lo habian sido, ignorando las verdaderas causas que motivaban tales procedimientos, á no ser aquella mezquina emulacion que clasificó la captura de Valdivia de restauracion.

Esta resolucion no habia sido prevista por el gabinete, aun cuando yo no la habia adoptado con ánimo de intimidar, y sí únicamente por la aversion que me causaba la ruin ingratitud con que se recibian importantes servicios nacionales. — Sin embargo, los ministros se volvieron de este modo á la razon por algun tiempo, reconociendo la equidad de mis reclamos y prometiéndome de la manera mas formal, que en lo sucesivo el gobierno cumpliria fielmente con la escuadra <sup>1</sup>.

cargo de insubordinacion, que él mismo confiesa, apoyándose en el éxito de su expedicion. ¿Cómo habria respondido á él, si hubiese salido derrotado? La razon que da es una razon de acaso, no una vindicacion justa.

N. DEL ED.

1. En lo que el autor encuentra un justificativo de su conducia no

Ya he dicho, que en recompensa de mis servicios me habian ofrecido una hacienda que habia rehusado; ahora volvian á ofrecérmela y yo á rehusarla, puesto que esas ofertas no eran mas que promesas para que yo continuase en el servicio, porque la sola autoridad que habia sobre los marineros era mi influencia personal para con ellos, á causa de la inflexibilidad con que abogaba por sus derechos. — A esta autoridad no era racional que yo renunciara por admitir una concesion. — Por esto, en vez de aceptar la hacienda, devolví el documento en que se me hacia donacion de ella, pidiendo se pusiera en venta y el producto que diese se aplicase al pago de la escuadra. Mi demanda no fué escuchada.

Conociéndose que yo estaba determinado á que no se burlaran de mí y avergonzados de que les ofreciera la hacienda para pagar la gente, el general San Martín, que estaba nombrado como jefe de la expedicion que se iba á enviar al Perú, vino á Valparaíso en el mes de junio y el 13 de julio se pagó á la escuadra una parte de sus salarios; mas como yo insistiese en que se les pagara el todo, se consiguió se hiciera así el dia 16, sin dárselos las mas pequeña parte de su parte de presas. — La parte que me correspondia del valor de las presas hechas tanto en Valdivia como en los otros lu-

se ve mas que la concesion que hacia el gobierno en vista de la necesidad del hombre y de las circunstancias.

N. DEL ED.

gares montaba á 67,000 pesos, los que me prometió pagar el Supremo Director á la brevedad possible. Bajo esta promesa acepté la hacienda que á pesar mio continuaban ofreciéndome. — El acta de donacion expresaba la razon por la cual se me concedia, añadiendo: «Que mi nombre no debia desaparecer nunca del país.» — Despues que dejé á Chile, esta hacienda que estaba en el territorio de rio Claro, la reasumió el gobierno subsiguiente, expulsando al mayordomo que yo habia puesto allí, para ver como podria mejorar la agricultura por la introduccion de semillas europeas.

Cuando rehusé por primera vez el don que me ofrecian, compré una hacienda en la Herradura á unas ocho millas de Valparaiso, á fin de convencer al pueblo chileno de los grandes deseos que abrigaba de verme contado en el número de sus conciudadanos. — El efecto que produjo en el ministerio esta adquisicion fué casi cómico. — Se discutió seriamente entre sus miembros, sobre qué motivos tendria yo, extranjero, para hacer la adquisicion de una posesion en Chile. — La deduccion que vinieron á sacar fué: ¡ que mi intencion era ponerme á la cabeza de la República, confiando en que el pueblo me ayudaria!

Tales eran los hombres de Estado que Chile tenia en aquella época.

A poco de haber comprado esta propiedad, llamé la atencion del gobierno acerca de lo bien situada que

estaba la bahía de la Herradura para arsenal marítimo, muy superior á la mal protegida rada de Valparaíso; al propio tiempo ofrecí dar gratis todo el terreno que se necesitaba para el establecimiento de un arsenal naval y un depósito de marina. — Este ofrecimiento fué interpretado, sin duda, como un acto en que buscaba mayor popularidad, por lo cual se me intimó no hiciera ningunas mejoras en el fundo, porque el gobierno pensaba apropiarse la hacienda, no pagándome mas que el valor de la compra y el de las mejoras que yo hubiese hecho.

A vista de esto pedí una explicacion al Supremo Director, quien me hizo una apología, atribuyendo todo el negocio á la oficiosidad del procurador fiscal, que habia fundado su actuacion en una antigua ley española. — Por lo pronto el asunto concluyó así, es decir, mientras las urgencias del Estado requerian mis servicios.

Al propio tiempo se echó mano de toda clase de tentativas para deprimir mi autoridad sobre el cuerpo de marina, pero como yo estaba en guardia para mantener mi posicion, el resultado fué que todo ello redundó en contra de mis enemigos. — En despecho de tales resultados cometieron la tropelia de nombrar al capitan Spry, mi capitan de bandera, á bordo de la *O'Higgins*, que acababa de llegar de Valdivia á Valparaíso, compuesta de sus averías. Para el efecto se me

mandó una orden, la que me negué á cumplir añadiendo que dicho capitán no pisaría mi alcázar en calidad de capitán de bandera, y que si no se me concedían mis privilegios de almirante, el gobierno podía considerar por concluido mi mando, pues mientras permaneciese á la cabeza de ella no podía admitir se me impusiera un ejecutor de mis órdenes. — Al punto cedió el gabinete, y el capitán Crosbie ocupó el puesto del capitán Spry.

El nombramiento de Spry era, sin duda, con el objeto de contrarestar mis esfuerzos en la próxima campaña al Perú, en la cual el honor que había que recoger estaba reservado al ejército. — Por el conocimiento que yo tenía de Spry, no tenía objecion personal en su contra; pero como el ministro Zenteno me había coartado siempre, dudaba de los motivos que dictaban sus nombramientos. — Yo estaba convencido que el móvil principal que le animaba era impedirme obrar mas allá de cuanto no fuese tener á los Españoles en inaccion; operacion que de ningun modo estaba resuelto á ejecutar, atendiendo á los resultados que había obtenido en Valdivia, *en contravencion á sus instrucciones.*

Uno ó dos de mis capitanes, alentados por las molestias que me causaba el ministro de Marina y sus adictos, se creyeron en libertad para menospreciar mi autoridad, lo cual como almirante creí no deber tole-

rar. — El que mas influencia tenia de entre ambos era el capitán Guise, quien habiendo incurrido en varios actos de insubordinación y descuido de sus obligaciones se hallaba en arresto por orden mia, mientras se fallaba una demanda pendiente que habia dirigido al gobierno para que en consejo de guerra se depurase su conducta. — Este proceder irritó á Zenteno, puesto que le apadrinaba, y por cuya razon se negó á ordenar la investigación que yo pedia. — De este modo establecia el funesto precedente de hacer que el capitán de cualquier buque se considerase independiente de su almirante.

Un paso tal de demencia, que violaba la disciplina naval é insultaba mi persona, me determinó á romper con la administracion chilena, trasmitiendo, el 16 de julio, nuevamente mi dimision y pidiendo mi pasaporte para salir del país; acto que notifiqué á los oficiales de la escuadra anunciándoles que tan pronto como recibiese aquel cesaria mi mando. — Estos se reunieron al instante y el mismo dia recibí, no una representacion de despedida, como hubiera podido esperarse, sino dos cartas, la una firmada por 5 capitanes, y la otra por 23 oficiales, en las que expresaban su resolucion de abandonar tambien el servicio, devolviendo al propio tiempo sus despachos. — A esta prueba de afecto repliqué rogándoles no sacrificasen por mí sus empleos, y les recomendé no publicasen su resolucion hasta

despues de haber considerado bien el asunto, á causa de que tal procedimiento podria acarrear funestas consecuencias al pais.

En esta ocasion los oficiales de la escuadra me dirigieron la siguiente carta :

« Milord,

» La inquietud y general descontento, que la dimision de V. E. ha causado entre los oficiales y demas individuos de la escuadra, es una poderosa prueba de lo mucho que la desagradecida conducta del gobierno lastima á aquellos que tenemos el honor de servir bajo vuestras órdenes.

» Los oficiales que firman la adjunta resolucion, teniendo á ménos servir á un gobierno por mas tiempo, que con tanta facilidad pudo haber olvidado los importantes servicios rendidos al Estado, suplican á V. E. se sirva permitirles hacer entrega de sus despachos, á fin de que se digne enviarlos al ministro de Marina. — Al vernos de este modo obligados á retirarnos del servicio, nuestras mas ardientes súplicas serán siempre por la prosperidad y libertad del pais.

» Firmado por 23 oficiales. »

Esta carta iba acompañada de la siguiente resolucion :

« Resuelto 1º Que el honor, la seguridad y el interes de la marina chilena dependen enteramente del talento y experiencia del actual comandante en jefe.

» 2º Que como los sentimientos de respeto y confianza ilimitada que tenemos en él no pueden trasferirse á otro, hemos resuelto hacer dimision de nuestros empleos y trasmitir al gobierno nuestros despachos por conducto de nuestro almirante.

» 3º Que nuestros nombramientos irán acompañados de una carta que exprese nuestros sentimientos, firmada por todos aquellos, cuyos despachos se incluyen.»

» Firmado por 23 Oficiales. »

Miéntas esperaba que el gobierno aceptara mi dimision, continuaba el equipo de la escuadra con el mayor ardor, para que no pudieran quejarse de que la conclusion de mi mando habia causado descuido en el cumplimiento de nuestros deberes. — Retuve los despachos que me habian mandado los oficiales de la escuadra, temiendo que una resolucion tal excitase el descontento público é hiciera nacer para el gobierno un conflicto para el cual no estaba preparado.

Los únicos capitanes que no firmaron la resolucion fueron Guise y Spry, aquel por hallarse arrestado y este por estar resentido conmigo á causa de no haberle querido admitir como mi capitan de bandera.

Indudablemente Spry comunicó á Zenteno la resolución de los oficiales, puesto que el 20 recibí de él la siguiente carta :

« Valparaíso, 20 de julio de 1820.

« Milord,

» En un momento en que los servicios de las fuerzas navales del Estado son de la mayor importancia, y los personales servicios de V. E. indispensables, ha recibido la autoridad suprema, con el mas profundo sentimiento, la dimision de V. E., la cual si fuese admitida envolveria en inevitable ruina las operaciones de las armas de la libertad en el Nuevo Mundo; y últimamente entronizaria de nuevo en Chile, su patria adoptiva, aquella tiranía que V. E. detesta y que su heroísmo hizo tantos esfuerzos para aniquilar.

» Su Excelencia, el Supremo Director, me manda comuniqué á V. E., que si persistia en resignar el mando de la escuadra que tuvo el honor de enarbolar su pabellon (causa de terror y espanto para nuestros enemigos y de gloria para todo buen Americano); ó si el gobierno imprudentemente accediese á ello, seria ciertamente un dia de luto universal en el Nuevo Mundo.

» El gobierno por lo tanto en nombre de la Nacion devuelve á V. E. sus despachos, rogándole se sirva

aceptarlos para el adelantamiento de la sagrada causa á la que ha consagrado toda su existencia.

» El gobierno supremo está convencido de la necesidad que obliga á V. E. á adoptar la medida de poner en arresto al capitán Guise del *Lautaro* y de la justicia de los cargos presentados contra ese oficial; pero deseando evitar todo retardo en las operaciones importantes que los buques de guerra están á punto de emprender, Su Excelencia el Supremo Director desea se posponga el proceso hasta una ocasion que no interrumpa el servicio de la escuadra, tan importante en este momento. — Firmado.

» JOSÉ IGNACIO ZENTENO. »

A mas de esta comunicacion del ministro de Marina, recibí cartas privadas del Supremo Director y del general San Martín en las que me rogaban continuase en el mando de las fuerzas navales, asegurándoseme que no volveria á haber mas motivo de queja.

Al recibir estas cartas retiré mi dimision y devolví á los oficiales de la escuadra sus despachos, poniendo al propio tiempo en libertad al capitán Guise y restableciéndole en el mando de su buque. Al proceder así, solo lo hacia por afecto hacia el general O'Higgins, cuya bella índole, demasiado condescendiente para luchar contra las maquinaciones de los que le rodea-

ban, me garantizaba que no era el autor ni cómplice de las vejaciones que se me hacían por los tunos que rodeaban á Zenteno y le tenían por agente. — O'Higgins, semejante á otros muchos buenos capitanes, no desarrolló en el gabinete aquel tacto con que tan brillantemente habia servido á su patria en el campo de batalla, tacto indispensable, aun cuando el general San Martín, con su habilidad peculiar de volver en provecho suyo las proezas de los otros, se esforzase en llevar la palma, porque la gloria era en realidad de O'Higgins.

Ese buen natural del general O'Higgins, despues que fué elevado al supremo directorio, le indujo á consentir en el establecimiento de una corte senatoria de consulta, acordándole privilegios incompatibles con la supremacia que ejercia. Es de este cuerpo que emanaron todas las vejaciones dirigidas contra mí, segun personas que escribieron acerca de Chile, instigadas por San Martín; pero yo no tengo pruebas para tomar sobre mí la aseveracion de un hecho tal, aun cuando la conducta del expresado general hizo mas que probable esa opinion.

Sin embargo, no quedaba duda que San Martín hubiese sido cómplice en muchas de las incomodidades que se ocasionaron á la escuadra y á mí, pues que al acusarle una vez de esto, me respondió: « Que solo queria ver hasta cuándo el Supremo Director permitiria

que el espíritu de partido se opusiese á la prosperidad de la expedicion, añadiendo : « pierda Vd. cuidado, milord, yo soy el general del ejército y Vd. será el almirante de la escuadra. »

La alusion que hacia respecto á la complicidad del Supremo Director era falsa, y esto me constaba, pues S. E. anhelaba hacer todo cuanto estuviese en su poder en favor de la escuadra y de su país ; lo cual no se llevaba á afecto por encontrarse contrariado por el Senado, á quien habia conferido poderes demasiado extraordinarios.

El general San Martin se habia sorprendido mucho al conocer las cartas y despachos que me enviaron los oficiales, no pudiendo concebir estuviesen determinados á no servir bajo otro mando que no fuese el mio. Este paso, por parte de ellos, estaba lleno de los mayores peligros respecto al equipo de la expedicion.

El Senado, de que acabo de hablar, era una anomalía en el gobierno del Estado. — Se componia de cinco miembros, con funciones que solo debia ejercer mientras durasen las primeras luchas del país para obtener su independenciam; pero este cuerpo habia usurpado el derecho permanente de una autoridad de inspeccion, no habiendo medio para apelar de su arbitraria conducta, salvo á ellos mismos. — La posicion del Supremo Director, que nominalmente era la cabeza del poder ejecutivo, no venia á ser otra cosa

que el conductor de la palabra de este cuerpo, el cual, asumiendo todo poder, privaba al Director Supremo de toda influencia, al extremo que no podían alistarse navíos, emprenderse obras públicas, prepararse tropas ó imponerse tributos si no se hacía con el consentimiento de este cuerpo sin responsabilidad. Para semejante pandilla, no era buen guía el recto y sencillo juicio ni el buen sentir del Supremo Director. — Él estaba ajeno de toda villanía y se confiaba á la integridad de los otros, juzgándolos por la rectitud de sus propias intenciones. — Se hallaba dispuesto á pensar como Burke, « que lo que es moralmente injusto, nunca puede ser políticamente justo , » y de aquí nacía que le hacían creer que una política torcida era un mal necesario á todo Gobierno; y como semejante política era contraria á su propia índole, se le inducía con tanta mayor facilidad á delegar la ejecución de las medidas á otros que no tenían la equidad de sus principios.

El ménos escrupuloso de todos ellos era Zenteno, quien, ántes de la revolucion, habia sido un procurador en Concepcion, despues un favorito de San Martin, y habia llevado á la administracion del Estado la astucia propia de su primitiva profesion, aun con mayor trapería de la que comunmente usan aquellos. — Como él era mi mayor enemigo, embarazando mis planes que concertaba para servir bien á Chile, no está bien que

hable en el dia de él del modo que pensaba en épocas atras y que ahora pienso; sin embargo, citaré la opinion de la Sra. Graham, la primera historiadora de la República, para que se vea en qué estimacion se le tenia. — « Zenteno, dice aquella, » ha leido mas de lo que se acostumbra entre sus paisanos y piensa que este poco es mucho. — A la par de San Martin, dignifica con el nombre de filosofía el excepticismo en religion, la relajacion de costumbres y la dureza de coraron, cuando no sea la crueldad; y miéntas que no tendria dificultad para manifestar una laudable sensibilidad por la muerte de un gusano, creeria digna de alabanza la muerte ó tortura de un adversario politico. » Yo era su adversario político por querer sostener la autoridad del Supremo Director, y de aquí nacia, sin duda, la enemistad que me profesaba; llegando su influencia al extremo mismo de impedir que el Supremo Director viniese á visitarme miéntas estuve en Santiago, bajo el pretexto que no habria sido decoroso el dar un paso tal de su parte.

Despues que ha trascurrido tan largo tiempo y ahora que Chile posee un gobierno, que se guia por mas sabios principios, no hay por qué callar las anteriores observaciones, pues sin ellas, mi modo de presentar la conducta que el gobierno chileno tuvo para conmigo, estaria sujeta á interpretaciones siniestras. Miéntas Chile se hallaba en un estado de transicion

de un gobierno corrupto é interesado á otro que obra en armonía con los verdaderos intereses del país, me abstuve de publicar estas y otras circunstancias, las cuales, pertenciendo ahora al dominio de la historia, no hay para que ocultarlas.

Escribiendo con este espíritu, bien puedo explicar la razon desconocida en aquel tiempo, por la cual no se pagaba á la escuadra ni siquiera sus salarios. — El gobierno proveia de fondos para la escuadra, pero aquellos que estaban encargados de la distribucion, los guardaban todo el tiempo que querian y los empleaban en especulaciones mercantiles ó en préstamos á usura, aplicándolos tan solo á los objetos legítimos cuando de retenerlos por mas tiempo les acarreaaba peligro. — Así, uno de los principales motivos por los que me odiaba esa gente, era porque yo reclamaba incessantemente para que se satisficiesen los derechos de la escuadra respecto á sus salarios. — Por lo que toca al dinero de presas, el gobierno no nos acordó nunca un solo peso durante permanecí en Chile; pero me cabia la satisfaccion de ver que, merced á esa constante vigilancia que ejercia sobre aquellos desórdenes pecuniarios, se conseguia mejorar el sistema, aun cuando se acrecentase la aversion que me profesaban aquellos, cuya miope política yo combatia y cuyas sórdidas especulaciones iba así limitando.

El ministro de Marina, á despecho de su enemistad,

habia sido oficialmente obligado á escribirme por la toma de Valdivia la siguiente carta :

« Ministerio de Marina, en Santiago de Chile y  
febrero 22 de 1820.

» Si los triunfos contra el enemigo deben graduarse segun la mas ó ménos resistencia que este opone, y con respecto á la mas ó ménos ventaja que reporta á la Nacion el vencimiento; el que V. S. ha adquirido sobre Valdivia en uno y otro caso es inconmensurable. V. S., chocándose á un tiempo con la naturaleza y con el arte; despojó al enemigo de esa inexpugnable ciudadela, que hasta aquí habia obstinadamente defendido por su utilidad y ventajosa situacion. La memoria de este glorioso dia ocupará las primeras páginas en los fastos de la Nacion Chilena; y el nombre de V. S., trasmitiéndose de generacion en generacion, permanecerá indeleble en nuestra gratitud y en la de nuestros decendientes.

» S. E. el S. Director Supremo, altamente regocijado de tan inestimable conquista, me ordena diga á V. S. (como tengo la complacencia de verificarlo), que reciba en su nombre y en el de toda la Nacion los mas íntimos plácemes por tan ínclita victoria. — Los Sres. oficiales Beauchef, Miller, Erescano, Casson, Carter y Vidal; los sargentos Cabrera y Concha, el cabo Flóres, el soldado Rojas, y todos los demas oficiales y sol-

dados dignos de tal empresa, y que á imitacion de V. S. supieron arrostrar tan inminente peligro, ocupan hoy la atencion del gobierno que medita el premio y condigno distintivo con que decorarlos, á fin de que divulgándose sus nombres hasta los últimos ángulos de la tierra, conozcan las naciones todas que Chile sabe remunerar la virtud de sus héroes que la defienden.

» Enarbolóse nuestro pabellon en medio de las mas festivas demostraciones públicas, y á su pié se ataron las banderas de Valdivia y Cantabria, cuyo trémulo flameo indicaba los agonizantes conatos de nuestros enemigos.

» Yo con la mayor efusion de gusto tengo el honor de anunciarlo á V. S. de suprema orden en contestacion á su honorable nota de 5 del presente, en la que incluye V. S. los partes de Beauchef y Miller. — Dios guarde á V. S. muchos años.

» Firmado. — JOSÉ IGNACIO ZENTENO.

» Sr. vicealmirante, comandante en jefe de la escuadra,  
honorable lord Cochrane. »

Es difícil concebir el que un hombre que ha llegado á escribirme una carta como la anterior, aunque sea oficial, haya podido volverse mi mas encarnizado enemigo. Las razones que á ello le movieron se desarrollarán á medida que prosigamos.

Como me hubiesen despojado mas tarde de la hacienda que me habian concedido en Rio Clara, sin expresarse el motivo, insertaré aquí el oficio por el cual se me trasmitia, puesto que de ello tendré que volver á hacer mencion. La astucia curial del procurador Zenteno hizo de tal modo, que la trasferencia de la hacienda no fuese por escritura sino por el solo decreto que signe: « Con la data se ha servido mandar expedir S. E. el Sr. Director Supremo el decreto que copio:

« Deseando hacer cuanto ántes efectiva la donacion de cuatro mil cuadras de terreno, que por decreto de marzo próximo anterior, consecuente de un senado-consulto, se hizo por el gobierno al comandante en jefe de la escuadra, vicealmirante lord Cochrane, como una demostracion del aprecio público que merecieron sus relevantes servicios, en la restauracion de la importante plaza de Valdivia; vengo en señalarle las referidas cuatro mil cuadras en las tierras de Rio Claro, Partido de Plere, Provincia de Concepcion; comprension de la hacienda confiscada al prófugo español Pablo Hurtado. Sirva el presente de suficiente título de propiedad á favor del interesado, y comuníquese al ministerio de Hacienda, para que, precedidas las formalidades convenientes, mande ponerle en posesion y goce de los referidos terrenos.

» Tengo el honor de trascribirlo á V. S. de suprema órden para su inteligencia y fines consiguientes.

» Dios guarde á V. S. muchos años.

» Ministerio de Marina en Valparaíso, agosto 20 de 1820.

» Rubricado p. S. E.

» JOSÉ IGNACIO ZENTENO.

» Sr. vicealmirante, comandante en jefe de la escuadra,  
muy honorable lord Cochrane. »

Es copia de la suprema nota original de su contexto de que certifico á pedimento del Sr. vicealmirante, y doy esta en Valparaíso, fecha ul supra.

Firmado. — JOSÉ MANUEL MENARE,

Escribano público y de gobierno.

